UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL
SIMÓN RODRÍGUEZ

Ana Alejandrina Reyes Páez

Diálogo vuelto palabras con un Árbol y una Semilla:

Aníbal Isturdes y Chela Vargas



Ediciones del Rectorado

Serie SERES IMPRESCINDIBLES

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Delcy Rodríguez
Vice Presidenta de la República Bolivariana de Venezuela

Dra. Sandra Oblitas
Ministra del Poder Popular para la Educación Universitaria

UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL SIMÓN RODRÍGUEZ
Dra. Ana Alejandrina Reyes Páez
Rectora

Dr. Luis Rodolfo Bracho Magdaleno
Vicerrector Académico

Dra. Ana Endrina Gomez Durán
Vicerrector Administrativo

D**r. Marcos Alirio Medina Silva**
Secretario

Lic. Erika Ramos
Directora de Publicaciones y Comunicación

Lic. Luis Durán
Coordinador de Publicaciones

CONSEJO DE PUBLICACIONES
Dra. Ana Alejandrína Reyes Páez
Dr. Luis Rodolfo Bracho Magdaleno
Dr. Alí León
Dra. Luisa Fernanda
Lic. Erika Ramos
Lic. Luis Durán

OBRA: Diálogo vuelto palabras con un Árbol y una Semilla:
Anibal Isturdes y Chela Vargas

AUTORA: **Ana Alejandrina Reyes Páez**

Depósito Legal: **MI2023000702**

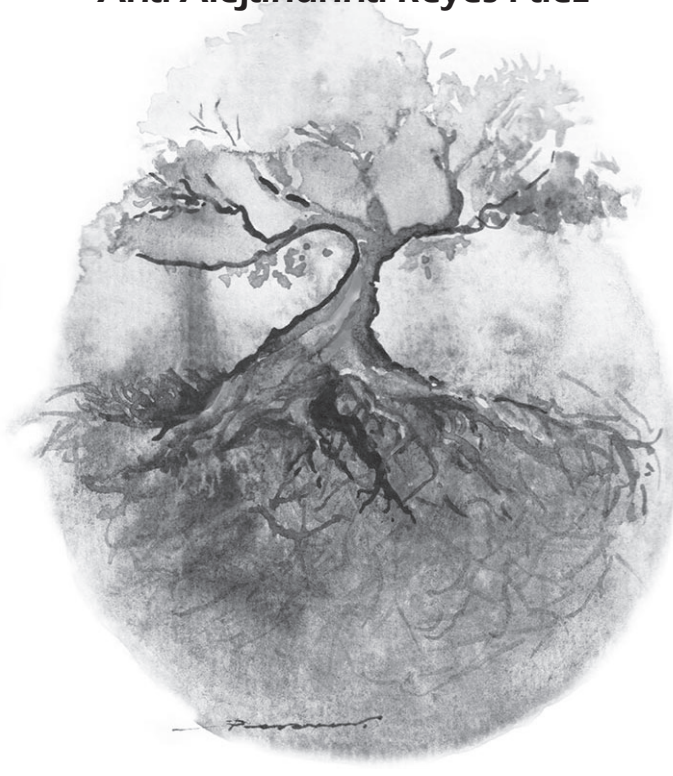
ISBN: **978-980-8022-01-8**

Producción editorial:
Lic. **Luis Durán**

Corrección:
Raúl Gómez

UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL
SIMÓN RODRÍGUEZ

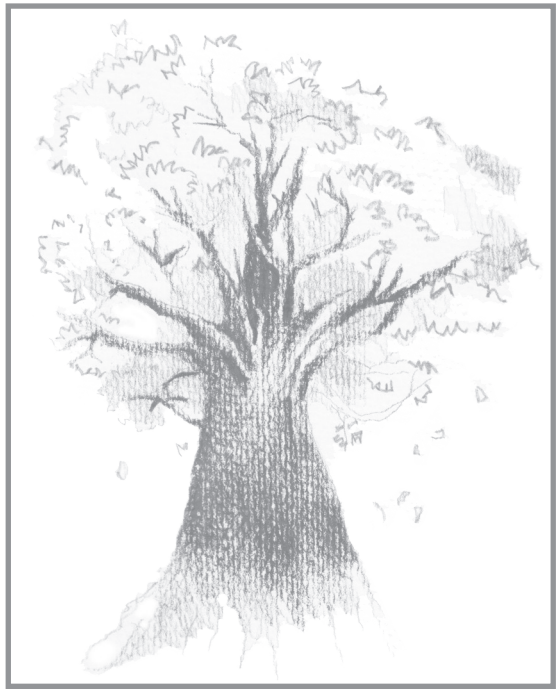
Ana Alejandrina Reyes Páez



Diálogo vuelto palabras con un Árbol y una Semilla:

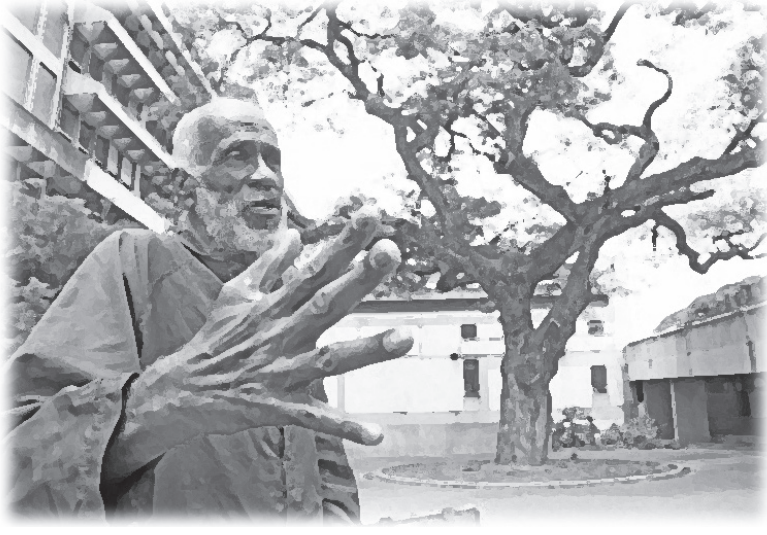
Anibal Isturdes y Chela Vargas

EDICIONES DEL RECTORADO



El Árbol...

Casa de Aníbal,
parroquia San José, Caracas



Alejandrina Reyes: Buenos días, Aníbal. Estamos acá, en tu bella casa, en este espacio hermoso de la parroquia San José, en Caracas, visitándote y compartiendo entre tus plantas y con ese pajarito que está por allí saludando.

Aníbal Isturdes: Ese pajarito está lleno de alegría, y está lleno de alegría porque sabe que yo estoy alegre, y me siento lleno de alegría porque ustedes están acá.

AR: Y eso tan hermoso que hiciste cuando abriste la puerta de tu casa con esa llave mágica... ¿De quién es esa llave?

Aníbal: Esta llave tiene un significado hermosísimo de cuando mi madre se enamoró de mi padre. Mi padre llegó y le dijo: "Sí, yo me quiero casar contigo, María"; y mi mamá le dijo: "Pero ¿dónde está la casa?". Y mi papá tomó la decisión de hacer esta casa, y la construyó para ella. Él fue un gran albañil; ese oficio, lo ofrecía en los alrededores de San José y en Caracas. Por cierto, nuestro Panteón Nacional fue construido por albañiles caraqueños.

Mi padre construyó esta casa, y considero que esta casa reúne características y detalles arquitectónicos interesantes. Esta casa tendrá entre noventa y cien años, y la llave —es una llave metálica—, casi que necesito tenerla en la mano; la llave tiene su significación simbólica porque recoge lo que durante noventa años ha sido un ritual. Para abrir esta puerta tienes que utilizar este tipo de llave. Es una llave única y fíjate la diferencia entre esta y las otras.

AR: Esos son noventa años que están ahí y que abren la puerta de tu casa.

Aníbal: Nosotros somos tres hermanos, y seguimos protegiendo la tradición y el resguardo en nombre de los hermanos.

Aníbal: Esta es una llave eterna; tiene que ver con el patrimonio tangible e intangible de Caracas, con la esencia del caraqueño y de Venezuela. A ustedes no se les olvidará el sonido de esa llave al caer al suelo.

AR: De esos tres hermanos, ¿quién es el mayor?

Aníbal: Yo soy el mayor.

AR: ¿En qué año naciste?

Aníbal: Nací el 12 de marzo del año 1943.

AR: Recién te cantaste cumpleaños a la caraqueña.

Aníbal: ¡Claro! Y, por cierto, tú también estás de cumpleaños y te lo cantaremos a ti a la caraqueña el 24 de abril.

AR: Es interesante ver y estar en esta casa. Está ubicada en el callejón El Rosario, de Rosario a San Carlos, número 82.

Aníbal: Esta casa tiene un detalle: está ubicada entre dos cuencas; las aguas que corren desde acá donde estamos sentados corren hacia el río Anauco, 600 metros más adelante, y las aguas que vienen del oeste caen al río Catuche. ¿Tú sabes lo que eso significa?

Yo exijo que esta entrevista tenga una trascendencia histórica; se me eriza la piel porque esta no puede ser una entrevista mediocre, de burocracia, de politiquería y demagogia. Esta entrevista debe generar una huella. Es como cuando tú caminas descalza por la orilla del mar, y es hermoso que tú vas caminando y se van marcando tus huellas, y no importa si viene la ola o el viento y te las borra. La instancia administrativa del Estado y de la ciudad tiene que tener esa trascendencia. Por eso estoy aceptando esta entrevista; porque me sentiría triste si esta entrevista no reviste esa exigencia.

Entonces, cuando yo hablo de Catuche, quizá tú te preguntas qué significa *Catuche*: vendrá de la voz toromaima, de la voz caribe, de nuestros hermanos de antaño que llamaban *Catuche* al río; y de este lado, el río Anauco. Pero, en realidad, viene en razón de un árbol que se llama *bucare anauco*. A mí me encantaría que hablaras con Argelia Silva, que es todo un personaje bello y hermoso, en torno a la significación patrimonial de la nación.

El bucare anauco es un árbol hermosísimo tropical de los que llaman "Pater Mater". A él acuden cantidades de insectos, pájaros y aves. ¿Te puedes imaginar que la ciudad de

Caracas tenga sembrados bucares anauco por todos lados? Indudablemente, con los requerimientos de siembra y de cuido. Claro, yo no puedo sembrar el bucare anauco encima del techo de mi casa, pero sí lo puedo sembrar en áreas baldías, llenas de drogadicción, vicio y basura. Es agarrar esa área y cuidadosamente, con experticia y con oficio de los conocedores de la arborización, colocar allí el árbol de bucare anauco.

Es necesario meterse y adentrarse en el Ávila, en el Waraira Repano, y buscar la semilla silvestre del catuche. El catuche es un árbol igual que una guanábana, pero más pequeña; yo he tenido el privilegio de probarlo; lamentablemente, la semilla la extravié. Pero hay que ir al Waraira para buscar la semilla y hacer germinadores, crear viveros y semilleros para cultivar esa planta... Por cierto, ¿tú sabes por qué el famoso puente Guanábano se llama así, mi bella Alejandrina? Por ese árbol, por ese catuche que es como una guanábana.

AR: En el oriente de nuestro país la llaman así; a la guanábana le dicen catuche.

Aníbal: Por cierto, a cien metros de acá pasaba la quebrada de Ñaraurí. Es hasta onomatopéyico este nombre. Es una leguminosa hermosa,

espléndida... Acá estamos sentados en la sabana de Ñaraurí. ¿Te puedes imaginar?

AR: Cuándo eras niño, ¿cómo era eso? ¿Cómo veías esos árboles? ¿Qué recuerdos tienes de esa niñez?

Aníbal: Acuérdate de que la casa tenía tanto el patio central como el interior y el corral. Por lo general, eran casas donde estaban presentes el mango, el aguacate, la guayaba, y en el patio central teníamos plantas aromáticas, plantas florales; teníamos la presencia del limón, la trinitaria...

AR: ¿Qué plantas de acá, de la zona de Caracas, recuerdas de niño?

Aníbal: Yo no sé si me puedo parar o no, pero si no me pongo de pie no me llamo Aníbal. Mira esto, una belleza: este es hijo del *samán de Bello,* o primer nieto del famoso samán de Güere. ¿Tú sabes el dolor que tengo en este instante? Que el samán de Bello se nos está muriendo.

AR: Ese árbol está cerca de la Biblioteca Nacional.

Aníbal: Sí, está cerca de la Biblioteca Nacional. Ahí tenemos la biblioteca, el Ministerio

de Educación; y públicamente lo digo: estos organismos que tienen competencia, pertinentemente, tienen la obligatoriedad de ver y retomar el valor de este árbol que está abandonado y se está muriendo. Me gustaría que luego le hagan una toma fotográfica; ese árbol tiene parásitas y requiere un tratamiento fitosanitario. Pero lo más importante: yo hablo así no para ser impertinente ni para generar un cuestionamiento en cuanto a la circunstancia que estamos viviendo; es que en ese árbol estuvo Simón Bolívar. ¿Te puedes imaginar?

Y el árbol está vivo, y no es algo que estamos inventando con diapositivas, en la red o en páginas digitales. Es que el árbol aún está vivo, y ahí estuvo Simón Bolívar; y no solo estuvo Bolívar sino Andrés Bello; y no solo Bolívar y Bello sino también Alejandro de Humboldt; búscalo en su libro *Paginas equinocciales.* Él habla y escribe del impacto que le causó el haber visto el famoso árbol. Claro que en ese entonces no se llamaba *árbol de samán de Bello;* se llamaba *catuche* o *Santísima Trinidad*.

Hay algo que nunca se me olvida: es que Andrés Bello, ya anciano, le escribe a su hermana que estaba en Caracas, y le dice: "Yo daría un instante de mi vida por estar a

la orilla del árbol de catuche". Una carta más de ruego. Además, Andrés Bello le escribe un poema hermosísimo a ese árbol.

¿Tú sabes quién estuvo allí también? Pablo Neruda; y también recuerdo a José Martí, que llegó cansado, agotado, lleno de polvo y con sed, con hambre; con lágrimas en los ojos llegó a la plaza Bolívar; le decían: "Señor, usted está cansado, agotado"; y él decía: "Déjeme aquí que yo voy a ver el catuche". Gabriela Mistral también... Estamos hablando de premios nobeles de Literatura. Da tristeza que estando un busto ahí no haya presencia. Ahí no hay una presencia; la placa se la robaron y la señalización e identificación con la historia de ese árbol la destrozaron.

En este instante ruego que se restituyan, que Fundapatrimonio, el Instituto de Patrimonio Cultural y la Alcaldía de Caracas restituyan de nuevo la historia y se identifiquen.

Una característica de este samán es que las hojitas se cierran en la noche y parecen una mariposa, y lo ponemos aquí para que surja la exigencia de que en la ciudad de Caracas haya más árboles.

Algo que quiero significar de esta casa es que mis padres fueron sabios con este espacio: el sol

nace por el este, el este es mi mano izquierda; y el atardecer, el ocaso, culmina por el oeste. El sol transcurre todo el día por esta casa; y cuando llega al poniente, el atardecer entra en la casa. Hay una esencia única hermosa del cielo, del cosmos.

AR: Se abre la puerta con una llave mágica, es un hecho mágico. Quienes nacieron en esta casa nacieron en un nicho mágico. Tú eras, seguramente, un niño feliz. ¿Donde estudiaste?

Aníbal: Qué pregunta tan importante. Mi primera escuela fue aquí, en mi casa. Mi madre prestó la sala de la casa para que se realizara aquí una escuela; estamos hablando de una escuela que llamaban *escuela rural*.

AR: ¿Qué edad tenías?

Aníbal: Tenía seis años, mi madre dio la sala para la escuela, pero luego fue toda la casa para la escuela.

AR: ¿A qué edad aprendiste a leer?

Aníbal: No preciso la edad, pero leo, y leo, y leo, y leo. Ahorita me siento con una magia literaria por escribir; todos los días escribo un poema. Para escribir hay que leer.

AR: En esa escuela, que era tu casa, en ese compartir con tus amigos, ¿hay alguna persona que sea referencia para ti, una influencia importante para ti?

Aníbal: La primera referencia, indudablemente, fue mi madre. Mi padre muere cuando yo tenía tres años, mi hermano Efraín dos y mi hermana tenía veintiocho días de edad. Yo vi morir a mi padre en el cuarto. Fue algo impactante y eso no se me borra jamás. Lo otro es que he tenido maestros hermosísimos.

AR: ¿Recuerdas algún "compinche" de niño?

Aníbal: Recuerdo a Luis Hernández, Alexis, Abelardo, Orlando, a Isabelita... Vivimos jugando en el patio, pero también vivimos la calle; la calle la vivimos con amor, era un encuentro.

AR: Y tan cerca que estaban del Waraira. ¿Se iban para allá?

Aníbal: De niño, un aspecto hermoso que recuerdo es que en alguna época del año venían cantidades de mariposas. Entonces salíamos al callejón, doblábamos el periódico y hacíamos que sonara, y el afán como niños nos dio por tumbar las mariposas. Ese era el regalo que nos daba la montaña.

Ya no tanto de niño, sino de joven, sí hicimos uso de las caminatas y nos bañábamos en pozos que tienen tanto el río Catuche como el río Anauco. Era bañarnos, regocijarnos, era agua y agua, lanzarnos al pozo, de una manera totalmente sana; nunca surgieron vicios o cosas delictivas. Era vivir en contacto con la naturaleza. Sobre la caminata hacia la montaña, nunca llegué al pico Naiguatá, pero si llegábamos a lugares más cercanos.

En el caso de los papagayos, cuando venía la época de la brisa y del viento, era el momento de preparar y volar papagayos. Una vez tuvimos una travesura (yo no la hice porque se requiere experticia para ello): era hacer crucetas con las hojillas de afeitar, que se le colocaban a los papagayos. Acá había expertos que lo hacían y era para cortar otros papagayos; pasaban el día en eso. Nos montábamos en el techo, y por la parte de atrás los papagayos se lanzaban raudamente, así como se lanza un pelícano, para cortar la cabuya, el guaral. Distendíamos el hilo para que el rabo del papagayo no nos cortara, y esa fue una experiencia hermosísima. Se utilizaba la caña, papel de seda; y el rabo generalmente era de tela. A veces surgían contratiempos porque usábamos las sábanas de las camas de nuestras casas, que

las agarrábamos calladitos, para hacer el tiraje. ¡Este secreto que quede entre nosotros!

AR: ¡Qué hermoso ese relato! Una niñez tan sana, tan digna, en esa Caracas que no era tan bulliciosa.

Aníbal: Sí era bulliciosa, pero no en el sentido del escándalo, de la grosería, tipo metro que tú entras y se genera un bullicio, que te caes y te pasan por encima. No, eran más bien los valores del respeto. Yo recuerdo las famosas patinatas: yo montaba patín, pero debo reconocer que era muy temeroso; lanzarse en patín por una bajada genera un riesgo, pero también genera un poder, una aventura.

AR: Tenías otras aventuras. Cuéntamelas.

Aníbal: Yo tenía otras aventuras; a veces estaba retraído, pero me iba a la orilla del mar o a un bosque a caminar y se me pasaba.

AR: ¿En qué momento tuviste el acercamiento con la poesía?

Aníbal: Desde niño.

AR: ¿Recuerdas en qué momento importante tomaste conciencia de que te gustaba la poesía?

Aníbal: Oye, a mí me atraen las mujeres, los paisajes, las plantas, las semillas, los niños.

Tengo cuatro fuentes: la mujer, la patria, la naturaleza y los niños; es lo que llaman *inteligencia múltiple*, y una cosa importante era la sensibilidad. Yo trabajé en el Departamento de Farmacia del Hospital J. M. de los Ríos, donde mi madre era enfermera, y esa fue mi escuela básica. Luego estuve involucrado con el trabajo social y de la comunidad; después ingresé también al Centro de Agricultores Caricuao, donde Ofelia Suárez, que está en Nueva Zelanda (yo golpeo el piso y me acuerdo de ella, porque ella está del otro lado).

Ella fundó y creó ese Centro, que fue la primera instancia más importante que hizo el llamado a sensibilizar el valor de la agricultura y ¡qué pena! eso está abandonado. Me pregunto cómo me siento por tener que elevar mi voz para decir esto, pero duele más aún que no se escuche, porque difícilmente a uno lo escuchan; a uno no lo escuchan, no lo oyen, no lo toman en cuenta. Debe haber una instancia, que no responda a mi voz, sino a la voz de la historia, la voz política, ideológica de algo llamado Centro de Agricultores Caricuao, yo estuve allí trabajando. En ese momento estaba casado con Carmen Victoria Rodríguez Fuenmayor de Isturdez; yo le decía Carmita.

Trabajé seis meses sin devengar medio y entregamos nuestra vida y existencia a ese lugar llamado Centro de Agricultores Caricuao; es una instancia que le pertenecía a la Alcaldía de Caracas, que le pertenece al Estado.

En mi calidad de educador, entré como director en la Ymca de San José, y viví una experiencia hermosísima, imborrable. Te puedes imaginar un campo sin cerca, sin seguridad. Se realizó un trabajo comunitario al que entregamos la vida. Me decían: "Aníbal, no se meta en eso, eso no le genera ningún bien", y yo continuaba mi trabajo con las comunidades.

Eso fue hace como treinta años, y cuando yo ingresé a trabajar ahí, algo que me llamó la atención fue que ellos fueron creadores de programas de basquetbol, de voleibol, de programas en campamentos, del premio Jóvenes Deportistas Ymca. Yo me pregunté: si ellos crearon eso, ¿qué puedo hacer?, ¿qué puedo inventar? Y me adentré en el valor de la ecología, del ambiente y de la conservación.

Entonces se logra incorporar, dentro del contexto del trabajo social, lo ecológico. Aquí se generó un plan de renovación urbana salvaje en el año 1976. El Gobierno de Carlos Andrés Pérez ordenó un plan por decreto

de expropiación. Expropiar significa que tú llegues con esta llave y la botes bien lejos, que desaparezca; así querían hacer con la parroquia San José: destruir toda la parroquia y montar edificaciones urbanas tipo parque central. Mi madre dijo: "De aquí me sacan muerta, me irán a sacar muerta, pero de mi casa no voy a salir".

AR: Ya sabemos de dónde le viene a Aníbal Isturdez la vehemencia, la fuerza y el poder de defender con la vida la naturaleza.

Aníbal: Yo le dije a mi mamá: "Si ese es tu pensamiento, yo estoy contigo". Ese día salí del Hospital J. M. de los Ríos y tardé mucho para llegar acá, dándole vueltas a la cabeza, recordando la lucha de la parroquia La Pastora, que es una de las luchas más importantes de nuestra comunidad, porque es una lucha social de un pueblo defendiendo su terruño, lucha completa, no una lucha de las que ahora veo con reflexión, muy sesgadas, orientadas a la exclusión, el poder y de que "yo soy el que domino", y eso es un error. La lucha de La Pastora contó con todo el componente político sano de aquel entonces. Recuerdo una vez que Fruto Vivas dijo: "Aníbal, mira, tenemos este espacio, acá se ve y tenemos la

urbanización de los ricos, la clase media; y allá el barrio. Resulta ser que la cloaca que pasa por todos los sectores pasa de arriba abajo, afecta a todos. Lo que queda es dejar el sesgo y unirnos todos para resolver un problema que afecta de manera colectiva". Él planteo que debíamos trabajar juntos para hablar y exigir a las autoridades y salir de esa problemática. Esa sabiduría de Fruto Vivas no se me olvida.

AR: Históricamente, San José y La Pastora estaban unidas; si luchaba San José luchaba La Pastora y si luchaba La Pastora luchaba San José.

Aníbal: Fíjate en algo importante: ahora se está generando un gravísimo error, porque cuando tú tienes una comunidad y desagregas esa comunidad para constituirla en… Ojo, yo estoy de acuerdo con los consejos comunales, las comunas, las instancias sociales, pero tenemos que entender. Me van a disculpar lo que voy a hacer. [Divide una hoja de árbol]. Si esta es la parroquia de San José y esta otra es La Pastora, tú no puedes hacer esto, separarlas (pido disculpas por separar las partes de las hojas que están intercomunicadas). No puedes hacer eso; tú haces eso y vas a romper el corazón de una comunidad; esto no se

convierte ni siquiera en una comarca, en puras tribus.

Ahora pregunto: ¿Cómo haces tú para dignificar el encuentro de todas estas hojitas rotas? Si cada una representa un consejo comunal, ahí hay desunión. ¿Dónde está la historia, el patrimonio tangible e intangible, el patrimonio sociológico de la comunidad? ¿Cómo haces tú para unir esto? Claro, está la comuna, pero esta no puede estar establecida solo por los límites territoriales.

Siempre nos dicen: "No te preocupes, vamos a hacerlo ahora con las comunas". ¿Tú crees que eso responde a las exigencias tangibles y espirituales, éticas, para proporcionarle poder a una comunidad? Yo creo que eso así, fragmentado, no va a responder.

Se requiere reflexionar, repensar, estudiar cómo surge el rompimiento de los desagregados. Yo tengo la Ley de los Consejos Comunales, yo participé en esas reuniones. El día que estábamos varios en el Capitolio dijeron que se requería escuchar nuestra voz. Entonces, cuando tú buscas la historia en un consejo comunal, la historia no tiene cabida, no aparece. La memoria y la identidad no tienen cabida, y esos valores son sumamente

importantes. Hay que buscar un acuerdo político con todas las instancias, para que orienten la importancia de la memoria y la historia contada por la gente en los consejos comunales y en las comunas.

AR: En la visión de ciudad comunal, ¿te parece importante que eso se dé?

Aníbal: ¡Claro! Eso nos permite la fraternidad, comprendernos el uno con el otro.

Tú sabes, Alejandrina, mi bella, ¿dónde está la pileta? Es una fuente de agua, a mano derecha. Allí llegaban los turistas y pedían un deseo. Eso ahora está empobrecido, hay que restituírselo a la Casa Natal de nuestro Libertador Simón Bolívar.

AR: Tú lograste que no tumbaran un árbol, en varios lugares de Caracas. ¿Puedes contarnos eso?

Aníbal: Sí, claro. Ahí, en la Universidad Nacional Abierta, en San Bernardino, había un árbol que amenazaban con tumbar.

AR: ¿Y tú que hiciste?

Aníbal: Lo que estoy haciendo contigo…

AR: Enamorar a la gente con tus palabras, problematizar sobre una situación difícil y

construir colectivamente las respuestas. Si asumimos que un árbol no es solo un árbol, sino que es nuestro árbol, todos buscaremos salvarlo.

Aníbal: Hay que invitar a la gente a recorrer y conocer los parques donde vive. José Luis Guillén vino a la casa quince días antes de morir. Vino triste, por la tristeza del Parque Universal de la Paz, en Caricuao, parroquia ecológica de Caracas, y esa magia está allí, esta aquí. Ese parque, único en el mundo, es de todos los caraqueños, de todos los venezolanos, de todos los hombres y mujeres del mundo.

Te hago otra invitación, a la esquina de Miracielos. ¿Te acuerdas del poema de Andrés Eloy Blanco, ese de la esquina de Miracielos? Sembremos en esa esquina un limonero, restituyamos ese limonero de Andrés Eloy Blanco. Esa travesura hay que hacerla. ¿Quién se anota para ello? Hay que tener coraje para hacerlo; el coraje es la inspiración de la gente bonita como ustedes, su familia, para atreverse a sembrar un árbol, salvar un árbol.

Por cierto, la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez me entregó un doctorado Honoris Causa. Algunos me dijeron: "Aníbal, ¿cómo tú vas a recibir el

doctorado en ese parque para la vida? Recíbelo en el Aula Magna, en un teatro de Caracas; tú no sabes lo que es un doctorado". Yo estuve como una semana desvelado. Me dije: "Será que estoy cometiendo errores". Pero me siento contento y te agradezco a ti, mi Alejandrina Reyes, y a Oscar Rodríguez, por asumir el reto, y lo hicimos en un parque para la vida; se hizo allí con el amor del pueblo.

Ese fue un día de acontecimientos. Ese día no habló Aníbal; allí habló el pueblo. Ese día, por cosas del destino, se iniciaba el calendario lunar maya; a esa magia hay que incorporarle amor, fe, coraje, inteligencia y creer en eso. Fíjate tú: yo tengo acá estas cositas; vamos a hacer un corazón de manos. Yo voy a entregarles esto al azar, esto es una belleza. Ojo, yo no soy rico, pero están recibiendo un detalle: les entrego semillas en sus manos con mucho amor; son semillas de mucho valor.

Mira qué cosa más bella, mira la forma geométrica. Nuestros tatarabuelos no estaban caminando por esta tierra y ya estas semillas estaban por ahí. Estas semillas tienen como característica que no son digeridas por herbívoros.

Ahora bien, ¿por qué eso no se enseña en las escuelas? ¿Por qué no se hace un trabajo? Yo

hoy estoy, ad honoren, a la disposición de llevar esta experiencia al aula, a la educación inicial y hasta en el vientre hay que hacerlo. Acá, brevemente, yo a mi esposa le colocaba en el vientre el llavero, y la barriguita se le movía para allá y para acá. Yo me voy a desprender de estas piedras que tienen años y años conmigo y se las voy a dar a ustedes.

Ese programa de agricultura urbana —y hago un llamado de atención—, ese programa requiere esto que estamos haciendo, este aporte de la exigencia de la soberanía alimentaria, si hay un problema de hambre, de proteína, de semilla. ¿Tú sabes cuánto vale ese sobre de semillas de pepino? Todo el dinero del mundo. ¿Por qué no ejercemos independencia y soberanía en torno a propiciar el amor a la semilla y establecer técnicas muy sencillas para dar a conocer el amor, la preservación y el cuido de la semilla para dar alimento a nuestra población? ¿Qué tan difícil es pensar en hacer semilleros en todas las escuelas, en los liceos, en las universidades, en las comunas? ¿Que en todas las casas exista un semillero?

Esta entrevista debe tener un carácter histórico, que tengas la alegría de caminar por la orilla del mar y ver cómo el mar borra las huellas.

A veces los niños caminan por las huellas de los pasos de los adultos; a veces uno siembra y deja su instancia física. Somos dueños de ese instante, como el día de hoy.

Yo recuerdo siempre a Alí Primera como un gran ecologista. En una ocasión se estaba destruyendo La Puerta; nos reunimos un grupo de amigos, entre ellos mi querido Juan Manuel Parra y muchos otros. Nos fuimos para allá y allá decían que había que tumbarla para construir una edificación y obras orientadas al turismo. ¿Cómo pudimos entrar? Por los caminos verdes. El amor de la gente del pueblo nos ayudó. La Guardia Nacional no nos iba a dejar pasar, pero la gente nos dejó por donde ellos entraban y salían.

Estábamos reunidos, tranquilos, y es cuando Alí Primera, allá en La Puerta, escribe su famosa canción en defensa de La Puerta. Esa noche fue de emoción, de lágrimas y compromiso. La pelea la ganamos, se ganó que La Puerta no la tumbaran.

AR: Yo creo que es toda una vida dedicada a esa lucha comunitaria, por el hábitat, por la naturaleza. Estamos agradecidos por contar con esa fortaleza de Aníbal, que además nos increpa a vernos en la ciudad, a ver ese árbol

que todos los días está allí y no lo veíamos, que nos está gritando ayúdame y no le hacemos caso.

Quisiera que nos hablaras de la semilla emblemática que, según dices, es la mejor expresión de esa Caracas en rebeldía, la de Cada 11 tiene su 13. Esa semilla caribe repartida entre todos los caraqueños y caraqueñas.

Aníbal: Tenemos una planta llamada tapirucuso. Es una leguminosa, y tiene un valor agroalimentario fenomenal, cultural, sociológico y filosófico. Esa planta tiene una riqueza de componentes de vitaminas, aminoácidos, proteínas y minerales. Lo que queremos es que el tapirucuso se incorpore en cada escuela de Caracas. Yo invito a que se incorpore el tapirucuso en el aula, a nivel de cada padre y cada madre, que podamos sensibilizarnos por el valor que tiene esa semilla. Es fácil lograr que esa semilla se incorpore, así como se incorpora el lápiz, la lonchera, el pizarrón y otras cosas, deberíamos incorporar las semillas de tapirucuso en el morralito de los niños.

Tú preguntarás por qué. Ese tapirucuso era una dominante actitud de resistencia indígena.

En la Colonia, si tú te alimentabas con esa planta, para amedrentarte y llenarte de miedo, te empalaban, con un palo, te amarraban y colocaban en un lugar que generaba dolor, agonía y llanto, de modo que fueras visto por la comunidad reinante para hacer que no se alimentara con esa leguminosa. Hoy queremos incorporar el valor de esa leguminosa, pero también el de la pira, amaranto o bledo. Nosotros somos caraqueños, y me pregunto si tenemos conciencia del valor que tiene el nombre de amaranto, que da el nombre de Caracas. ¿Sabes qué da tristeza? Que el alimento que han usado los astronautas en el espacio es parecido a la elaboración del Toddy, y lo hacían con el extracto de esa planta, porque de ella se come la hoja, la flor, la raíz y el tallo.

Hacemos un llamado a la incorporación en nuestras escuelas del amaranto, del bledo, de la pira, de la planta Caracas. Hay que incorporar esas plantas. Hago este llamado desde la parroquia San José, con el canto de las ranas y de los pájaros y de los perros. Dios bendiga esta instancia del día de hoy…

¿Cómo debería ser esa ciudad comunal de Caracas?

AR: Queremos que nos compartas eso que mencionaste del orden comunitario, cuando tu mamá se plantó y dijo "de esta casa no me saca nadie". ¿Qué querías decirle al mundo?

Aníbal: Mi amada Alejandrina, en este instante vengo de la Biblioteca Simón Rodríguez, una edificación bella, hermosa, con unos vitrales hermosos en sus tres pisos, en la esquina de El Conde. Me quedé enamorado; ahí se realizó un acto poético con treinta niños poetas, de educación inicial, básica y jóvenes del liceo Simón Bolívar; y quiero expresar mi alegría por recibir un reconocimiento por mi incansable labor e invaluable legado en favor de la poesía y de la cultura popular venezolana, en el marco del Primer Encuentro Intercircuital de Poesía Latinoamericana y Caribeña en el valle del Waraira Repano. Para mí es un honor mostrarte este reconocimiento, porque es una distinción y tú eres un rayo de sol y de amor en torno al énfasis en la defensa de la cultura venezolana.

AR: Cuéntame: ¿Esos niños leyeron poesía de quién?

Aníbal: Varios niños leyeron a Gabriela Mistral; otros escribieron sus propias poesías. Esa actividad fue coordinada por la Zona

Educativa del Ministerio de Educación. Yo aplaudo darle valor a la poesía.

AR: ¿Cuál fue el primer poema que escribió ese niño poeta Aníbal Isturdes?

Aníbal: El primer poema fue el que sentí en el vientre de mi madre.

AR: ¿Cómo se da esa participación de Aníbal en las luchas comunitarias en esta parroquia?

Aníbal: Yo voy a tomar esta mazorca. Podemos observar qué hermoso es tenerla acá; mira sus granitos de maíz. Si yo agarro una semillita y te la entrego en tus manos con amor, al dártela te estoy dando el latido de la vida y del amor, de la biodiversidad. Si tú le agregas un poquito de amor, de tierra, de sol y de cuido no tendrás una semillita, sino mazorcas y mazorcas como esta. Eso dará alimento y dará amor a una comunidad. Como respuesta, incorporé la poesía acá.

Esta mazorca me la dio el amigo Walterio Lan. Me la dio, y todas esas semillitas las he entregado, y tendré la alegría de que en varios meses me dirán "Aníbal, mira, sembré la semilla". Ahí he incorporado el sentido de la vivencia en la comunidad. Así como te entrego la semilla a ti, se la doy a otros,

y dicen "¡Caramba, qué alegría! Las semillas han producido mazorcas y he regalado para seguir sembrando". Se establece esa reacción en cadena y esa vinculación, ese contacto con la tierra, la vida y la comunidad.

AR: Creo que es una magia ver las semillas crecer.

Aníbal: Se requiere la exigencia de lo intangible. Lo tangible es que de pronto tenemos hambre, no tenemos comida, no tenemos siembra, algo material. Pero, así como se siembran semillas, hay que sembrar la conciencia, el valor de la conducta, del comportamiento, de la existencia vital. Y de ese valor siento, con profundo dolor, que es poco lo que se está haciendo. Cuando veo un paquete de harina y no es nuestro, sino que viene de sepa Dios dónde, que no es hecho en Venezuela, debemos orientar todo nuestro esfuerzo para que ese granito de maíz enorgullezca a los venezolanos.

AR: El presidente de la Republica, Nicolás Maduro Moros, dio una difícil tarea: crear ciudades comunales. Ese mandato se resume en el "comuna o nada". ¿Cómo ves esa siembra de conciencia en esa ciudad comunal de Caracas?

Aníbal: Te voy a dar unos granitos más para que se los entregues a tus relacionados. En el fondo tenemos que propiciar que se entienda que el don de sembrar semillas y sembrar conciencias sirve para incorporar a la vida a nuestros niños y niñas desde la educación inicial; para que en cada preescolar se genere no una propuesta sino una acción directa, donde se propicie y realice; que así como están los pupitres, la pizarra y el aula, debe estar un lugar para sembrar, para tener las semillas, las plántulas; donde se tenga un conuco escolar. Yo pido la comprensión no de la propuesta, sino de la idea básica: adentrarnos en el corazón de las escuelas; en primer lugar, en las escuelas de educación inicial.

Y adentrarnos en el vientre materno. El parto humanizado debe incorporar un programa de un pequeño espacio para que la madre, para amamantar, tenga un rincón con alguna mata de auyama, lechosa, cebollines, plantas medicinales... Alguien pensará que eso es demasiado utópico, pero debe ser así. Yo tengo por ahí una mata de zábila. Mi apreciación es que esto es hermoso, desde el punto de vista ambiental, ecológico y medicinal. Yo tengo esta matica; mira el aroma, toma una hojita y

frótala entre tus dedos; esto estimula el apetito, es increíblemente sensorial.

Ayer mi hermana vino buscando malojillo. Pido disculpas, pues quería hacerles un té de malojillo con conchita de naranja. A las conchitas de cítricos les agregas unas hojitas de moringa, de malojillo y papelón, y haces un té que da vida, fortaleza y descanso.

Ese elemento debemos entenderlo, tenemos que internalizar la importancia de esos valores.

AR: A esos aportes como el parto humanizado, el Clap, en esa ciudad comunal es importante incorporar la siembra de semillas y de plantas. ¿Cómo ves el tema del ornamento en una ciudad comunal?

Aníbal: En una ciudad comunal no se deben hacer ciertas cosas. En la bolsa del Clap vienen unas laticas. ¿Por qué debemos botarlas a la basura? Porque dentro del contexto de la bolsa del Clap no se internaliza que esta latica se debe reciclar y no se debe botar como basura. Hay que encontrar un criterio para reciclar. El 100 % de quienes la usan no agarran esta latica y le dan algún otro uso.

Culturalmente, no tenemos orientación educativa ecológica y veo con preocupación

que en la bolsa del Clap no haya orientación acerca de qué hacemos con las bolsas de nuestros productos; las botamos y acumulamos basura. Esa exigencia debe fortalecerse. Las personas dirán: "A mí me interesa es lo que tiene adentro". Y la gente no sabe que el envase vale más que lo que contiene.

En la basura hay miles de recipientes. Te pregunto: ¿Este recipiente es feo? No, no hay un planteamiento ecológico, ambiental, artístico y de contacto con la naturaleza y con el objeto mal llamado basura. Ahora, al Estado hay que sacudirlo, agitar esas mesas de trabajo, ponerlas patas arriba, y las decisiones de esas políticas públicas construirlas con el pueblo organizado, abordar la sinceridad de un cómo, un por qué y un para qué; dar ese ejemplo siempre.

AR: En esa concepción de ciudad comunal, ¿el reciclaje es vital?

Aníbal: La disposición de los residuos también. ¿Tú sabes qué hacemos los caraqueños? Agarramos el cesto completo de la basura y lo vertemos, por el problema de las bolsas. Se requiere una exigencia, abordar el contexto de la basura para canalizar que la comunidad

aprenda también a disponer de esa basura, incluso hasta de excrementos.

Con un horario de recolección de basura, con un sistema de contraloría y vigilancia para que la persona con esa responsabilidad pase a esa hora, y así generar una manera de no lanzar los residuos. En la esquina de El Rosario hay una montaña de basura y al lado está el Centro de Rehabilitación de Salud. Da tristeza que los usuarios con discapacidad e invidentes que van ahí deben hacer maromas para pasar. Hay que hacer no un estudio, sino poner a disposición una práctica concreta en torno a cómo resolver esa incidencia.

AR: Hay una parte de la ciudad, sin embargo, que con un poquito de agua reverdece. Lo visual es importante. ¿Cómo debería ser el ornamento en una ciudad comunal?

Aníbal: Por ahí tengo una semilla de bucare anauco, y me trajiste una semilla de apamate. Es interesante que a nivel familiar se considere el elemento del núcleo familiar como política de Estado, que luego la familia se inserte en la comunidad, pero debemos redirigir el valor de la familia tomando en cuenta el núcleo familiar para establecer el sentido de corresponsabilidad de la familia como la

creación inicial del colectivo, que cree una sensación de deber y no de obligación.

Los países escandinavos elevan una conducta permanente transmitida de generación en generación: quien tiene hijos siembra un árbol. Se han creado bosques y se siembra un árbol para recordar. Eso tiene que ver con las tradiciones y costumbres; y tenemos una gran carencia porque las costumbres populares están disminuyendo. Me llama la atención establecer estas cosas.

AR: ¿Es importante en maternidades, hospitales y centros de salud que se les den semillas a los pacientes para sembrar, para motivar el ecosocialismo?

Aníbal: ¡Imagínate! Eso es una utopía.

AR: En esta ciudad, Caracas, ¿se puede hacer esto?

Aníbal: Claro que sí. Ya yo lo estoy haciendo.

Debemos hacer una exigencia sagrada y hermosa; debemos reincorporar en nuestra alma y espíritu el sentimiento del Edén, donde esté presente toda la vida en un espacio determinado.

Esa es la ciudad comunal y está en Caracas. Si tú agarras esa semillita de maíz y la lanzas en un terreno baldío, no pasa nada, a menos que sea por algún milagro. Pero hay una cantidad enorme de terrenos que se pueden rescatar y resembrar para dar alimento a las aves y a las personas. A mí me encantaría que todo espacio con escombro y baldío fuera tomado para la siembra de semillas y plántulas.

Fundalatin me entregó un bello testimonio de amor como constructor de paz; vivimos en una sociedad profundamente agresiva.

AR: ¿En esa ciudad comunal, tendríamos también entonces una agresión permanente, o pasaría otra cosa?

Aníbal: Permanentemente estamos montados en una olla de agresividad. En el metro dan golpes, te pasan por encima para abordar el tren; yo recuerdo que cuando se inició el metro difundían un mensaje de llamado al comportamiento cívico; ya en las estaciones no existen permanentemente los llamados cívicos, hay perdida de valoración comunicacional en el metro. Lo otro es montarse en las camionetas y que al chofer no le importe dar avance al vehículo sin tomar en cuenta al usuario. Deberían hacer talleres de hospitalidad y no

agresión a todo aquel que quiera conducir un vehículo en la ciudad, y más en la ciudad comunal.

AR: ¿Crees que en una ciudad comunal debería existir como epicentro la práctica de la hospitalidad?

Aníbal: ¡Claro! En una ciudad comunal, si no hay ascensor, no importa; pero sí que el portero ayude al adulto mayor a subir de su brazo. El primer problema, el número 1, de Caracas es que no hay valores. Otro aspecto importante es que, en una moto, por ejemplo, no debe ir un niñito con el papá, con otro muchachito y la mamá embarazada. Eso no puede ser; estamos generando una visión de aceptación del hecho criminal pasivo.

A diario llegan centenares de personas caídas de moto, o con la pierna partida a los hospitales; eso es un llamado de atención directo que hay que abordar. Nadie respeta a nadie. Que a un padre no le importe arriesgar la vida de su familia tiene que ver directamente con la falta de valores; y cómo hacemos una ciudad comunal si no tenemos valores. Esto tiene que ver profundamente con la ciudad comunal.

Además, la ciudad comunal debe estar presente y visualizada desde el vientre materno hasta

la adultez, un proceso integral para todas las edades. Debe ser orientada la pasión y el oficio hacia la comunidad familiar. A través del programa parto humanizado debe abordarse el sentido de comunalidad.

AR: Aníbal, una ciudad comunal trasciende a nuestra tierra, el primer territorio que pare. Creo que estás haciendo aportes importantes para la concepción de ese edén.

Aníbal: La comuna es la fuente originaria para la libertad de un pueblo. Cuando un pueblo ama a su tierra es hermoso, es libre, es soberano. La tierra debe ser amada, debe ser luchada y defendida. Siempre me llamó la atención la caída del Muro de Berlín, donde surge un criterio de que el alemán tenía en común el amor al terruño, y cuando se cae el Muro de Berlín, ambos pueblos se unieron; surge la unión del ser; se cae el muro y se establece la comunicación.

México y Estados Unidos divididos por un muro es una locura. Mi criterio es que todos somos americanos, desde Alaska hasta la Patagonia; estamos en un mismo pedazo de tierra. Planteamos ser dueños del Macizo Guayanés y eso no tiene valoración. ¿El oro, el diamante y las riquezas minerales no son

nuestros? Hay que crear una forma de que las actividades para la extracción no destruyan nuestro ambiente.

Con la nueva Constitución que tenemos se establece que nuestra riqueza tiene valor. En el fondo tiene que ver con la ciudad comunal. Se considera que Venezuela ocupa el cuarto o quinto lugar con mayor megabiodiversidad existente en el mundo. Se lo planteas al pueblo o al Estado, y no hay significación. Se incorpora la flora, la fauna, todo lo que produzca oxígeno. En el quinto objetivo del *Plan de la Patria* se establece la salvaguarda de la vida, de la especie humana y de la madre naturaleza.

Al Waraira Repano le incorporé mi amor, desde niño, por el cerro que conocimos como el Ávila. Los caraqueños somos privilegiados por tener la primera cordillera de Suramérica. Los aviones que transitan al norte pasan por la cordillera de la Costa. Por allí pasan miles de bandadas de pájaros todos los años, a una altura inmensa. Toda esta cordillera es húmeda, y esa humedad nos invita a resguardar las cuencas de agua. Hay lugares de Caracas donde el recurso hídrico llega una vez al mes; en una ciudad comunal debemos cuidar y amar el agua, preservarla ecológicamente.

En una ciudad comunal se debe retomar el cuido y el amor al agua, para que no se nos sigan secando los ríos, los manantiales, los humedales. Más de 2000 ríos se han secado; eso significa que la corriente de agua es menor y, por ende, hay que cuidarla.

Salvemos el planeta, que es salvar la madre naturaleza, y nos estaremos salvando cada uno de nosotros y nosotras.



...la Semilla

Casa Anauco Arriba,
24 de agosto, 9:30 a. m.
de un día maravilloso



Alejandrina Reyes: Buen día. Hoy estamos acá en este lugar tan hermoso, una belleza, la Casa Anauco Arriba, una casa hermosísima. Y bueno, queremos hoy aprovechar esta mañana, este trinar de los pájaros, para conversar e intercambiar opiniones y además conocer un poco de tu historia.

Siempre nos ha inquietado la historia de los investigadores y las investigadoras; de las mujeres heroínas, de los hombres que han jugado un papel importante en nuestro

país. Pero a veces vemos a los docentes y a las docentes como si no hubieran tenido que pasar por tantas cosas de su historia para llegar a ser lo que son.

Me encantararía indagar un poco en esa historia personal de Chela, de nuestra Chela Vargas. ¿De dónde eres? ¿Por qué te dicen Chela? Isabel, ¿verdad? ¿De dónde viene esa historia personal que ha llenado de fuerza a Chela para todo lo que ha realizado en su vida?

Chela Vargas: Te doy las gracias por esta presentación. Yo siempre pienso que es muy importante la niñez. Es algo bellísimo y uno queda marcado. Mi mamá era maestra. Yo nací en Altagracia de Orituco, estado Guárico, en un pueblito que tenía mucho guerrillero y mucho luchador, pero claro que hay un contexto que determina esa situación. Mi mamá era maestra, así que la cambiaban a diferentes sitios. Estábamos en Altagracia, yo nací en Altagracia. La cambiaban para el Tiamo, un sitio del Parque Nacional Guatopo. Arriba, donde vivíamos, era el paraíso. Ahí no llegaban carros. A mi hermana, a Sol y a mí, realmente, yo sé que nos llevaron en un burro amarradas a las dos en los burros, un burro detrás de otro... lo que había. Tú veías por un lado el farallón. En eso se fue un burro

(mi mamá y mi papá amarrados) y después otro burro con las cositas que llevábamos. La verdad es que eso fue...

AR: ¿Cuántos años tenías?

CV: Yo tenía seis años.

AR: ¿Y en qué año naciste?

CV: Yo nací en el 33.

AR: Estaríamos hablando de cerca de 1939, 1940 cuando pasó eso.

CV: Sí, tenía como seis años. Bueno, entonces íbamos con frío, porque ahí el agua amanece congelada. El agua que está afuera, con la que nos bañábamos, amanecía congelada. Yo recuerdo que mi mamá tenía unas ollas para calentarla, para podernos bañar por la mañana. Heladas completamente.

Entonces, en aquella situación del frío y de la posibilidad de irnos por ese voladero, llegamos; y la llegada fue feliz, porque toda la gente del pueblo (ese pueblo para mí fue algo maravilloso) junto con los niños vestiditos esperaban a su maestra. Una belleza.

AR: ¿Eso te marcó?

Chela: Sí; en una isla parecida donde estuve me acordé de mi mamá: "¡Ahí viene la maestra!".

Lo que era para ellos una maestra...

AR: Figúrate tú. ¿Cómo se llamaba tu mamá?

CV: Mercedes Medina. Estaba joven mi mamá. Era una persona muy alegre, solidaria, muy cordial. Realmente, mi mamá era uno de esos maestros de esa época (había muchos en Altagracia) que se veía que leían, estudiaban.

Nos bajaron de los burros, y mi papá nos dijo: "Allá, en esa casita que está allá, es donde vamos a vivir". Una casita de bahareque, de tierra, pero con tejas, hecha por los aldeanos. Mi papá se trasladó ahí para que ellos hicieran una buena casa. Mi papá era muy insistente en eso: en la casa donde nosotros vivíamos.

AR: ¿Cómo se llamaba tu papá?

CV: Juan Vargas. Ya te voy a hablar de ellos, y de cómo contribuyeron los dos. Entonces llegamos ahí, a una casa muy linda, y mi mamá comenzó a construir aquel jardín. Por eso es que yo no puedo vivir sin una planta en mi casa, porque me asfixio. Con helechos, con flores. En mayo, aquello era realmente una delicia llena de flores. La mata de araguaney era amarilla. La otra vez me preguntaron: "¿Te acuerdas de aquel árbol de tu casa, que era una belleza?". Y él se acordó del nombre, pero yo

no me acuerdo. Me decía los [nombres de los] árboles más lindos que había alrededor.

También los pájaros. A mi mamá le gustaban mucho los pájaros, hasta el punto de que ella, cuando vivíamos acá en Vista Alegre, tenía una jaula enorme. Y sabrás que muchos de esos pájaros se los llevaban los guerrilleros, porque ella era guerrillera prácticamente. La adoraban, la adoraban. Era su mamá. Alguno que se fugaba llegaba allá y le decía "Tía, aquí estoy", y ella lo ayudaba. A veces les abro la puerta para que se vayan y nada. La otra vez le regalaron uno precioso, que no se consigue aquí, este Villarroel, un romanticismo; él estaba más cuidado conmigo que por ahí.

Llegamos a esa casa y nunca se me olvida. Había también una casa de dos pisos del tío de Enrique Álvarez, tío de los Calzadilla también. Ellos son como mis hermanos, Pedro, todos ellos, y ahí iba yo siempre. Recuerdo que a mí no me gustaba peinarme, y mi madrina Chispita me peinaba, me echaba cuentos; siempre me leía un cuento. Eso fue en la época más hermosa de la vida nuestra. Yo me iba con mi hermano Roberto, con una cestica, a buscar guayabitas, de esas chiquiticas. Nos íbamos y veníamos con esa cesta llena. No

había peligro, pero un día nos encontramos una culebra. Salió y vino un campesino por atrás y la mató, pero ni cuenta nos dimos. Pequeñitos estábamos los dos.

También había una cosa muy linda, que eran las caídas de agua. Había una caída que llamaban la Wara, y Juan Delgado, un muchacho que mi mamá crio (eso antes era así: su mamá se estaba muriendo, llamó a la maestra y se lo dejó), llegó a cargar el agua. Metía el burrito y a mí en el medio; eso era una delicia. Cuando yo me bañaba en esa Wara, me divertía; y él, cantando, siempre cantando.

Ese burrito era tan bello. A mi mamá le gustaba mucho *Platero y yo*. Ella nos leía mucho, y nosotros vivíamos en ese mundo maravilloso; pero siempre mi abuelito, el papá de mi papá, cuando iba para allá, decía: "Estar ahí sin hacer nada es la causa de los males que hay en el mundo. Tienen que trabajar. Eso trae miseria, eso trae no sé qué cosa". Entonces nos levantaban tempranito, les dábamos comida a las gallinas, ayudábamos a curar y un poco eso, y siempre teníamos algo que hacer allí. Pero era bien bonito vivir allí, realizar esas tareas campesinas y el contacto con ese pequeño pueblo hermosísimo.

AR: Y lo iban aprendiendo ahí, jugando y también trabajando.

CV: Sí. Después, la escuela la abrieron en un corredor ahí, de donde estábamos. Mi mamá nos daba clases ahí y nos íbamos a las clases con ella.

AR: ¿Y tú mamá era exigente?

CV: Sí era, pero era muy cariñosa. Ella, por ejemplo, decía lo siguiente: "Yo puedo tener un problema muy grave, pero cuando veo a los niños y tengo a los niños frente al salón se me quita todo". Maestra por excelencia.

AR: Maestra por excelencia.

CV: *Platero y yo*... Primero nos lo recitaba, y después nosotros comenzábamos a aprender: "Platero es suave y dulce, tan suave que pareciera que no tuviera huesos". Eso es bellísimo, era para leérselo a los niños en la escuela. Y después que lo leía, cuando ya sabíamos escribir, era el dictado, era el Platero, nos aprendíamos al Platero, nos ponía a recitar a Platero y con eso teníamos, memorizábamos, algo bien lindo.

Pero, además, de noche, cuando nos íbamos a dormir, ella era muy delicada con la

limpieza: nos bañaba, nos ponía una lámpara de querosén y comenzaba a leernos cuentos, y ese mundo maravilloso. Comenzamos a enterarnos de que había otro, que no era ese el único. Nosotros pensábamos que era el único y que no había otro. Y otro donde hay príncipes y reyes, hay esclavos sobre todo de verdad, y nos leyó, por ejemplo, *La cabaña del Tío Tom*. A mí, de *La cabaña del Tío Tom* me quedó la cuestión de la explotación de los esclavos, pues ella iba leyendo eso con dulzura, pero con una fuerza que te hacía sentir todo lo que estaba diciendo.

Por ejemplo, yo me acuerdo de una negra a la que le iban a quitar su muchachito y ella se iba a ir con el cuerpo todo el tiempo para que no le quitaran su niño. Así, ella nos transmitía los valores; los valores de esa sociedad distinta que no era la nuestra. Con aquellos campesinos lo que había era solidaridad, amistad... De repente hacían una reunioncita con música. En la casa era otro mundo, y ella nos explicaba: "Fíjate allí, en el caso de *La cabaña del Tío Tom,* la muchacha, la señora que la tenía la defendía; no quería que se fuera. Y el hijo, que era un joven encargado de otro sitio, también tenía otra mentalidad. Entonces, fíjate que hasta Lincoln felicitó al autor de la obra porque

había hecho una gran contribución al país, porque había acabado con una gran cantidad de injusticias; lo dice ahí, en el libro".

AR: Tu mamá lograba enseñar esos valores a través de una lectura de cuentos, a través de los juegos.

CV: Si; en ese caso ella decía, por ejemplo: "Fíjense: no todo el mundo es malo ahí, ahí hay de todo; pero fíjense en la diferencia. La señora no era mala. Los malos eran los que comerciaban con los negros. Pero a veces los propios esclavistas incomodaban a las familias y no querían venderlos; a veces los vendían por necesidad. Como es en ese caso. Y el hijo se fue a buscar a Toni cuando se lo llevaron, que se murió pues; pero era un muchacho joven con otra mentalidad". Es decir, ahí se ve otro tipo de situación histórica, bastante importante, y ella nos iba explicando. No todo el mundo es malo: hay estos que son crueles, pero no todo el mundo es cruel; y una cantidad de valores que nos iba transmitiendo; es decir, lo importante de la lectura. Eso lo hacía yo con mis muchachos. Ahora, con los nietos no. Esos no quieren leer, sino estar pegados de una tabla.

Después me acordé de cuando el presidente Chávez habló del libro de aquel (cónchale,

vale, no logro recordar), aquel que es valiente y que se defiende, que también lo estudiamos y lo leíamos… Entonces, ella escogía la lectura. Menos mal que no había televisión, no escuchamos radio y mucho menos una vitrola con dos discos que mi papá llevaba.

AR: ¿Y tenían una biblioteca o lugar de lectura?

CV: Sí. A mi mamá, a mi papá y a mí, por ejemplo, nos gustaba leer. Teníamos un cuartico muy chiquito donde pusieron unos cajones, los armaron, colocaron espejos. Era bien bonito como vivíamos. Incluso los pupitres de la escuela, mi papá los hizo con un artesano. Recuerdo la biblioteca y la estera para echarnos los cuentos. Y unas mecedoras que tenía mi mamá afuera para mecerse con nosotros también y echarnos los cuentos.

Entonces era una familia de mi mamá metida en los libros, y en la música también. Amalia, la que crio a mi mamá (porque ella no es su mamá), era una educadora. Ella cumplió cien años. Yo estaba en Francia cuando me mandaron y ella estuvo en Francia tocando la guitarra; ella tocaba la guitarra.

AR: ¿Tu abuela?

CV: Mi abuela tocaba la guitarra. A todas les gustaba la música. Tocando la guitarra grabaron

Qué día más triste. Eso es lo que tocó, y ahí estaba Mata de Gregorio y una cantidad de profesionales de aquí, que se fueron a aplaudir a Amalia porque ella los había formado.

AR: ¿Cómo se llamaba?

CV: Amalia Medina.

AR: ¿Y ella cómo era?

CV: Ella tenía un carácter fuerte, pero era muy atenta. Siempre decía que nobleza obliga, que a todo el que llega a tu casa tienes que darle de comer y tienes que atenderlo y darle comida y todo. Esos eran los nobles del medio, pues.

Ellos vivían en Tucupido, en una quinta llena de flores, de pájaros. Todavía hay una persona que la compró, que habla de esa casa. La llamaban *La Quinta*, y ahí estaban ellas tocando guitarra. A Amalia le gustaba la ópera y me decía "Siéntate ahí", y yo "Ay, Dios mío, ahí va la ópera". Decían que ella se ponía brava cuando tenía que barrer, porque estaba todo el día con un libro en las manos.

Ellas tenían bastante formación. Los maestros de esa época estudiaban para formar; no era simplemente quedarse con el texto que obligaba a prepararse, no; ellos se formaban.

A la vez de eso teníamos a mi tío Próspero, Próspero Infante. Él es un poeta, y por allá le pusieron una estatua. Las cosas de mi tío Próspero son bien interesantes de verdad; su poesía tenía una gran sensibilidad, e incluso le dieron premios y le publicaron un libro.

Tú te pones a ver los textos y siempre hablan del niño que no tuvo regalo en Navidad, y de crítica, de crítica social, de crítica, por ejemplo, a la Iglesia. Él defendía a Jesús Cristo, pero yo escuché de mi tío Próspero esto, y nunca se me olvida, pero él se conocía toda esa historia de ese, de esa, eso era un pequeño grupo que veía por los pobres, eso era. Y después dejó de ser un pequeño grupo, que veía por los pobres defendiendo sus principios.

En vez de "bienaventurados los pobres" cambiaron a "bienaventurados los pobres con su espíritu". Entonces fueron cediendo a los principios para llegar a la legalidad y primero dejar de ser clandestinos y después llegar a la legalidad. Siempre nos explicaban todo eso. Nos explicaban, por ejemplo, la historia de las vírgenes y de los santos. A simple vista, una cosa de los reyes y de los príncipes que hacían eso, y lo que había en la literatura y lo que había en la pintura eran las historias en cada uno de ellos. Bueno, hay unos cuentos, de lo

más cómicos, de una reina —Santa Catalina creo que es—. Esa mujer era reina, era la esposa de un príncipe, y andaba por ahí con otras mujeres; entonces la mandaron a buscar un pedazo de un palo de la cruz donde murió Cristo e ir con ese pedazo para que todo el mundo le perdonara sus fechorías y ella era la reina; es una de las santas de la Iglesia católica.

Encanta Don Bosco, chica. Si tú leyeras las cosas de Don Bosco, el odio a las mujeres; las retrataban con un sapo aquí. El odio a todo, incluso a la música. No podía haber música: a unos muchachos los amarraron y les pusieron las partituras en el suelo para que no tocaran música. Entonces, bueno, nos contaba todas esas historias... Él era muy culto y estudiaba todo eso; ese era mi tío Próspero.

AR: ¿Y él para ti fue un referente importante?

CV: Importantísimo. Él era gordo, gordo, gordo, sentado ahí en su silla, con esa manera tan bonita como hablaba él. Además, mi tío Próspero vivía echándonos cuentos y a veces era gracioso. Entonces, bueno, todo eso, por supuesto que dejó una marca, y por otro lado te digo que cuando estábamos ahí en el Tiamo (mi mamá con sus cuentos y su historia), llegaba mi papá. Fíjate que era el encuentro de dos

culturas: todos eran de Santa María de Ipire, luego se vinieron a Tucupido, que fue donde estuvieron más estables, y después se vinieron a Altagracia, siempre como educadores.

Entonces era un buen cuento de dos maneras de ser. Las Medinas eran muy conservadoras: yo tengo las fotos donde salían vestidas de largo con esa cabeza tapada, y tenían sirvientes, jardineros y aquellas casas tan bellas; pero fíjate: todo el que pasaba por ahí salía aprendiendo a leer y a escribir. Y hasta se graduaban porque ellas los preparaban.

Sergio Tovar, por ejemplo, era hijo de una muchacha que trabajaba con ellas. Sergio se graduó y estuvo con ellas hasta ahorita, hasta que se graduó de químico en la Universidad de Oriente. Todos salían formados. Así era mi mamá también, todos salían formados. Llegaban analfabetos y salían profesionales. Eso era ser maestros realmente en esa época.

AR: Servir, ¿verdad?

CV: Sí, servir siempre.

AR: Para que el otro pueda desarrollarse, aprender, superarse.

En esa niñez, con ese tío y esa abuela, una abuela música, padres educadores, lectores,

tíos poetas, ¿cuándo empezaste a ver esa inclinación tuya, por la curiosidad…?

CV: Yo era muy curiosa. Lo que te decía de mi papá: él llegaba, porque andaba con un chofer negociando (mi abuelito tenía ganado), llegaba a esa mesa bellísima, donde cada uno tenía su servilleta. En esa época, la mesa era una cosa muy importante y era todo un tema el servir la comida, porque mi papá llegaba. Mi papá era alegre y muy conversador. Él llegaba echándonos cuentos de lo que estaba pasando en la ciudad. Y hablaba de los políticos.

Decían que en Altagracia los muchachos siempre se sublevaban, y decían que había unos muchachos presos de Altagracia. Y la mayoría se reunía en la plaza, en casa de Humberto Urrieta, el tío de estos muchachos. Estábamos reunidos allá y resolvimos que una comisión fuera a hablar con el presidente Gómez para que soltaran a los muchachos, y nos atendieron. Bueno, los atendieron. Yo no fui.

Entonces preguntó: "Ajá, ¿qué pasó aquí?". Entraron y los invitó a comer (él no invitaba a comer a visitantes). Luego les dijo: "Bueno, aja, yo los voy a soltar; pero si vuelven se van al palenque. Ustedes son los primeritos que van a caer presos". Y se fueron.

Había entonces una vida política que él traía en sus relatos. Mientras mi mamá traía la otra y sobre todo lo romántico, él traía y hablaba mucho, porque era muy conversador, y hablaba de todas esas situaciones.

AR: ¿Y el espacio de la mesa era el escenario para escuchar esas noticias políticas?

CV: Sí, era un espacio especial realmente.

AR: ¿Cómo era el nombre de tu papá?

CV: Juan Vargas.

AR: ¿Y Juan Vargas tenía algún acercamiento especial contigo? Sabes que los papás tienen capacidad de ver en cada uno de sus hijos algunas cosas…

CV: Sí, es verdad. Hablando con los muchachos, él les decía que yo estaba dormida y ellos comentaron: "Mira qué bonita está. Está dormida y se ve linda ve". Entonces mi papá conmigo era especial. Mi viejo se me fue, me dio una tristeza, se fue hace poco y sí que me dio dolor.

Le faltaban dos años para cumplir los 100 y con la cabeza como ninguno de nosotros. Y, claro, siempre con esa cosa revolucionaria. Ese se pegaba de un radio y oía a Fidel Castro.

Fidel era su adoración. Y nosotros: "Miré, papá, bien bueno, tenemos a otro Fidel aquí".

AR: Ese acercamiento a lo político quizá lo viste desde chiquitica.

CV: Yo, con todo eso. Me decían que iba a ser abogado como mi papá. Mi papá se paraba en una esquina a discutir y yo también discutía, y fíjate que, en Lezama, un pueblo precioso, nuestra adolescencia y juventud fueron muy lindas. Esas fueron las primeras ciudades que fundaron los españoles, coloniales, unas ciudades muy lindas donde vivíamos nosotras.

En Lezama vivía mi mejor amiga: María. Todavía vive. Se casó con Próspero Julián, mi primo, el hijo de mi tío Próspero. Su papá era hermano de Arévalo Cedeño, era telegrafista y era mi padrino. Entonces estábamos reunidas las muchachas y yo me escapo, porque soy muy curiosa, porque aquel tiqui, taqui, tiqui, taqui me llamaba la atención y me sentaba con él. Hablaba con una voz muy pausada. "¿Y cómo es eso que usted transmite con ese sonidito?". Y él me iba explicando todo lo del telégrafo. Pero además me empezó a transmitir las cosas de Arévalo Cedeño, y a mostrarme unos trabajos que hacían, publicaciones incluso

con contenido antimperialista. Tenían una posición coherente, no serían muy profundas, pero sí tenían una posición política.

AR: Ese era el papá de María.

CV: Sí, papá de María y hermano de Arévalo Cedeño.

AR: Tenían una cercanía con todo lo que estaba pasando.

CV: Claro. Además, le transmitían sobre la pelea con Tomás Funes. Yo me enteré de todo eso y todo el mundo ahí también. Y después, la derrota de Tomás Funes, que fue uno de sus trucos, y nosotros básicamente celebramos cómo Arévalo Cedeño acabó con Funes. Entonces esa parte de mis vivencias con mi padrino fue también muy importante, porque él tenía materiales de Arévalo Cedeño que le llegaban, todo muy clandestinamente.

AR: ¿Cómo se llamaba él, tu padrino?

CV: Rafael Arévalo.

AR: ¿Él es un referente importante para ti?

CV: Cómo no.

AR: De manera que ahí podemos reivindicar el papel de los padrinos. Los padrinos no son cualquier cosa.

CV: Sí señor. Y así lo decía mi papá. Que no es como ahora, que ponen a la hermana de fulana, no. Fíjate tú lo que decía mi papá. El que era gobernador de Guárico cuando estaba desaparecido Humberto, era padrino de Humberto. Y se fue en un helicóptero con José Vicente a buscar y a reclamar allá. Esos eran los padrinos de aquellos tiempos. Mi papá buscaba gente muy amiga de él y muy cercana a él. Y eso es importante.

Lo mismo que mi madrina, la que te digo del Tiamo. Ella me leía cuentos, con la idea de que yo me dejara peinar. Yo llegaba y ella decía "Venga para acá", y yo no me quería peinar; salía corriendo al segundo piso. Ella se enfermó de los pulmones y murió. Bella, bella. Parecía una postal de esas que salían por ahí. Una diosa. Y, bueno, la veía en la cama. Cuando se la llevaron, a mí no me lo dijeron y me guindé a llorar. Se enfermó de tuberculosis.

También ella me leía cuentos, y no existían esas cosas de televisión ni de comedia. Y eran los cuentos que le leían a uno. Yo les digo que quisiera ser una de esas abuelas como mi mamá. Mi mamá le leía a uno los cuentos, y entonces cuando yo iba a leer los que enseñaban en la escuela: "Un pajarito que pía ta, ta, ta, ta", ella decía: "Yo no entiendo qué estás diciendo, qué

cosa. Dame acá, ve, ella sí sabe". Entonces mi madrina comenzaba: "Un pajarito… allá en El Rosario había un árbol que botaba pelusita, él se le sentaba en las piernas a mi mamá, y agarraba esa pelusita y se elevaban. Esas iban a tener a Altagracia, a la fábrica de papelón, al río Oritopo, a todo". Ella le hacía una historia de a dónde iban a tener esas pelusas.

AR: Y la imaginación iba creciendo, como ver una película a través del cuento.

CV: Ahora no. Aunque tú entras a mi casa y lo primero que miras es que hay un poco de cuentos, ahora los niños están metidos de lleno en una *tablet*, en una computadora o en el teléfono.

AR: Viendo esa infancia tan hermosa, ¿hay algún hecho concreto que te haya impactado en tu niñez, que te haya impactado o dejado una marca para tu vida y tu niñez?

CV: Bueno, no sé. No sé por qué siempre tengo rechazo por la gente que se ve más. Allá en Altagracia había una niña que por cierto vivía cerca de mí. A ella la llevaba una sirvienta y le ponía una almohada en el pupitre. Y yo la empezaba a pellizcar. Me daba tanta rabia... Siempre tuve un rechazo por esas posiciones de burguesía, no sé por qué. En la escuela

había un ambiente que me gustaba mucho. Ese pueblo es muy importante y yo aprendí a cantar el Himno de la Federación fue ahí, en la escuela.

AR: ¿En qué escuela estudiaste?

CV: Bueno, en varias escuelas. Donde cantábamos el *Himno al Árbol*. Después el *Himno de Guárico* y después una canción que decía: "Bienvenidos a la escuela...". Cantábamos eso. Y también en esas escuelas había maestras muy importantes que le transmitían a uno alguna noción distinta del mundo y de las cosas.

AR: Las maestras siempre fueron vitales para ti. Tu mamá y tu papá, maestros; y las propias de la escuela. ¿Y dónde hiciste el bachillerato?

CV: El bachillerato no lo hice en Altagracia porque mi mamá se vino para acá, para Caracas, para Los Rosales, a la casa de mis abuelas; y ahí amanecíamos con la guitarra. Amelia era muy interesante con su guitarra y su ópera y su libro. Y mi tía Angelina era delicada, alta ella, con el pelo pelirrojo. Esa se iba por la mañana. Los domingos recogía ropa usada, la lavaba, la cocía, la planchaba, y se iba para los cerros; allá comía, y en la noche volvía.

AR: ¿Esa era la tía Angelina?

CV: Sí, mi tía Angelina, con unas crinejas. Mi tía Angelina se iba, allá comía, la gente le daba comida, y ella llegaba echando cuentos.

AR: ¿Y eso te encantaba?

CV: Sí, claro.

AR: Y dijiste *Yo quiero ser como mi tía Angelina*.

CV: Un día me invitó y yo me fui con ella por ahí, para esos barrios, y vi a esos muchachitos con lombrices y toda esa situación que ella siempre narraba. Por cierto, tuve una experiencia muy bonita en la Juventud Comunista con un muchachito. ¿Tú sabes lo que hacían en esos barrios? Daban a los niños para que los bautizaran. A mí nunca me habían dado niños para bautizar; yo no creo en eso; pero un día veo un niño lindo... era bello ese muchachito. Me decían "Vamos", y yo salía corriendo. Me llamaron a decirme que estaba muy enfermo. Ese niño se murió de desnutrición, por el hambre que pasaba, y eso que yo siempre que podía le llevaba de comer allá arriba en los sin techos. Y eso me dolió muchísimo, eso me dolió y me marcó: un muchachito muerto de hambre. Horrible, y esa era la vida en esa época… Lo cierto es

que había toda esa vida, esa vida familiar muy dura.

AR: ¿Y qué te dijo tu papá después que te fuiste con tu tía? ¿Te fuiste sin permiso?

CV: Sí, me fui sin permiso. Mi papá nunca nos pegó a nosotros; a ninguno de mis hermanos le ha pegado ni siquiera una nalgadita. Mi mamá decía: "Si tú le pegas cuando tienes rabia, es para desahogar tu rabia; pero no lo estás corrigiendo. Y no lo estás corrigiendo porque lo vuelve a hacer". Ahora, a los muchachitos les pegan, por todo, unas nalgadas. ¿A un ser humano que tú no quieres ni que te lo pellizquen le vas a producir un dolor? Horribles, esas torturas, eso me dolía tanto.

Mi mamá, cuando se llevaban presos a mis hermanos, decía: "Cónchale, yo que hasta me levanto de noche para que no me les pique un zancudo, y qué me le estarán haciendo allá". Era otra manera también de educar.

AR: De educar a través del amor y no de la represión.

CV: Nada, de agarrar y decirte *Mira, ven acá, ¿por qué tú hiciste eso? Eso no se hace y esto es lo que hay que hacer.* Así era mi mamá y yo los crie a ellos así también. Yo me acuerdo de

que se ponían bravos conmigo porque le iba a poner a Mariana algo, y yo le decía "Ten confianza en mí. Es para que te cures. Duele un poquito". Hasta que no la convencía no se lo ponía. Es así, pues.

AR: Para cerrar este segmento en torno a esta historia familiar, en torno a los padrinos, las madrinas y las maestras, cuando viniste a Caracas, ¿no sufriste el impacto de venir a la ciudad?

CV: No, yo vivía en Altagracia y ya Altagracia era como una ciudad, era un pueblo precioso; la amistad, la solidaridad, vivíamos en familia y Lezama también era como una aldea.

AR: Aquí en Caracas, ¿a qué lugar llegaron?

CV: A Los Rosales, a la quinta Amalia. Con muchas plantas y un patio precioso, así esa era la casa de Amalia y allí llegamos todos. Ella tenía un cargo de maestra.

AR: Eso le daba movilidad, ¿verdad? Como a los maestros los rotaran y los movían tenía que moverse la familia.

CV: Lo cierto fue que nos metieron, como te dije. Sergio Tovar daba clases en el Pedagógico. Primero, Sergio nos metió en un colegio de monjas donde él daba clases: Nuestra Señora

de Guadalupe, que queda en Sabana Grande. Ahí estuvimos en primer año. Resulta que a mí no me gustaba mucho comer; por eso soy la más chiquita de mi casa; todos son altos y yo soy chiquita. Me dicen *marciana*, porque yo no comía y tenían que obligarme. ¿Y tú sabes lo que hacían? Después que me obligaban, salía y vomitaba. Porque yo era muy rebelde…

AR: ¿Cómo hiciste para encauzar esa rebeldía con unas monjas?

CV: Tenía problemas con las monjas, y además hicieron un retiro espiritual y pasaban todo el día sin comer y ya yo estaba molesta por eso. Y cuando llegué a la casa y toqué el timbre, ¡pum! Me desmayé. Mi papá se puso furioso, fue para allá y les dijo a las monjas: "¿Cómo ustedes le hacen eso a un niño que está creciendo?", y de una me sacaron de ahí.

AR: La rebeldía se impuso.

CV: Después fuimos al liceo Aplicación, donde él daba clases y después todos estábamos ahí metidos.

AR: Liceos emblemáticos, rebeldes. Te fuiste a un liceo rebelde. Era reconocido.

CV: Ahí había unos buenos profesores. Estaba Ulises Gómez, que nos ponía a estudiar

marxismo. Estaba Raúl Rubinancio, que nos ponía a estudiar *El capital* y escribía, con aquella fuerza que tenía, una columna de este tamaño y decía: "Aquí está la burguesía, y aquí está la clase obrera, y habrá un día…". Y borraba con una fuerza muy brava.

AR: Y eso te marcó.

CV: Claro, otra marca. Pero fíjate: me fue bien en el colegio desde el punto de vista de la amistad. En esa época yo creo que no era una belleza, y no sé por qué a mí siempre me tomaban en cuenta por la belleza; pero no era belleza; era mi personalidad, creo yo.

Los muchachos que estaban organizando el grupo de fútbol de Deporte dijeron un día: "En segundo año —donde yo estaba— hay una muchachita bien bonita; esa va a ser la madrina", y me nombraron madrina. Bonita no era; yo no sé qué veían ellos.

AR: Fuiste madrina del equipo de fútbol.

CV: Sí, madrina del equipo de fútbol. Desfilé y todo con ellos, pero eso le servía a uno para vincularse.

Desde el punto de vista político, también hicimos un buen trabajo. Yo llevaba mis propagandas, me reunía con la gente,

discutíamos las cosas... Hicimos un buen trabajo. Hasta el punto de que el director del colegio, que era hermano de Carlos Andrés, me llamó un día. Me acuerdo clarito:

—Ese tipo que está ahí es de la Seguridad Nacional. Y todo el mundo sabe que quien tiene revuelto este colegio es usted, y usted trae la propaganda, y la van a venir a buscar. Así que es mejor que se vaya".

—¿Tú me estás expulsando? ¿Tú eres policía?

—Yo no soy policía —me dijo—. Yo estoy de acuerdo con lo que está usted haciendo. La estoy es alertando para que no se la lleven presa.

Me fui de ahí. Tanto que me dolió. El trabajo que ya tenía ahí. Di vueltas y vueltas y vueltas.

AR: ¿Qué edad tenías?

CV: Tenía como 13 años. Me fui de ahí. Cuando se murió Delgado Chalbaud, yo estaba por ahí. Recuerdo que hicimos una reunión buenísima para darnos cuenta de lo que estábamos pasando y no éramos ajenos a nada. Pendientes de todo lo que estaba sucediendo y de todo lo que podía venir con la muerte. Nos reunimos afuera.

AR: ¿Quiénes eran tus mejores amigos ahí?

CV: Rodrigo estaba ahí. Beatriz fue mi consuegra y también mi amiga. Había una muchacha, Anita Izquierdo, que tuvo un problema porque a ella le mataron a un muchachito, le metieron un tiro a la moto y se lo mataron; fue muy amiga mía. Me dolió mucho esa muchachita, se puso canosa, una muchacha de izquierda también. Había mucha gente que militaba con nosotros.

AR: Era una fuerza juvenil que había en los liceos. ¿Y se vinculaban con otros liceos de Caracas?

CV: Sí; de ahí después me fui para el liceo Caracas, y de ahí salí igual. Ahí fue donde estaba Pedro Calzadilla. ¿Y tú sabes quién estudiaba también en el liceo Caracas, que era un carajito? Alí Primera.

AR: ¡Ay, Dios! Imagínate: un liceo donde estén Ali primera, Pedro Calzadilla, Chela Vargas. ¿Qué puede esperarse de un liceo que se llame Caracas y con esos estudiantes? ¿Qué hacían?

CV: Bueno, trabajábamos con la gente, nos acercábamos.

AR: ¿Y tenían alguna organización estudiantil?

CV: ¿Tú sabes que era importante en esos liceos? El centro de estudiantes. El otro día yo conversaba sobre eso y dije que ese era el nido donde nacían los pichones. Esa era una actividad buenísima que nosotros teníamos ahí. Sacábamos boletines y era obligatorio hacerlo; con toda la situación, hacíamos los murales. Los murales eran bien importantes y la gente se incorporaba y traía sus articulitos y sus dibujitos. Eso hacía que uno se acercara mucho. Y una cosa con Alí, es que yo le dije: "Mira, tú vas a hablar en La Alameda". Fíjate tú que yo no me acordaba mucho de eso, y cuando viajábamos para Guárico, con la candidatura (yo era candidata a diputado), yo viajaba con él.

Yo manejaba. Él no manejaba y se murió manejando. Me decía: "Chela, cómprate el 'caballito frenado' para darles a los músicos". Yo no sabía qué hacer. Nos íbamos por ahí. Y él fue el que recordó todo esto, chica. Yo, antes de él morir, le escuché los cuentos; tenía cuentos de la Juventud Comunista que yo no recordaba. Tenía que buscarlo a El Valle, y él me abrazó y me dijo: "Camarada, camarada, qué importancia tiene esa palabra". Y sobre la base de esa conversación, Alí creo una canción que se llama *Camarada*.

Yo no sabía, y el muchacho que es sobrino de él, Alejandro Primera, fue quien la tocó el otro día. Alejandro me dijo: "Chela, te voy a tocar *Camarada*". Yo no sabía que existía esa canción, chica.

Ali Primera me contó que estaba muy asustado en La Alameda

AR: ¿Qué edad tenía Alí?

CV: Era un carajito; como 13 años tendría, 12 años, un carajito.

AR: Y tú lo mandaste para allá.

CV: Sí, yo le decía te toca, te toca. Él, asustadito, esperando que llegara. Cuando veo dos mujeres flaquitas con unas faldas así, esperando, con la propaganda abajo, parece que iban a bailar, con bolsillos adentro. Y yo toda nerviosa porque iba a empezar el cine y era Jorge Negrete.

AR: ¿Se utilizaban también los cines para reunirse con la gente?

CV: Sí. Nosotros también íbamos al cine… era una actividad tremenda; las iglesias, los cines y cuanto espacio había. Primera vez que yo oía ese vozarrón. Yo estaba asustada, Alí dio su discurso, repartimos la propaganda y puff.

AR: ¿Cómo hacías para identificar a esos jovencitos?

CV: Bueno, en el Centro de Estudiantes, yo los fui estudiando a cada uno.

AR: ¿Viste en Alí esa cualidad?

CV: Sí. En el Centro de Estudiantes siempre se acercaban y comenzábamos a discutir las cosas y uno veía quién tenía la sensibilidad para esos planteamientos políticos sobre lo que estaba pasando. Era un acercamiento a través del Centro de Estudiantes.

AR: ¿Había una captación de esos líderes?

CV: Sí, y siempre a través de la cultura. Por eso tiene mucha importancia la cultura. La cultura tiene que estar al servicio de la Revolución, sin tonterías; y era así. Las actividades culturales que hacíamos tenían esa finalidad; para eso utilizábamos todo tipo de actividad cultural, y en esas actividades nos acercábamos a la gente, las conmovíamos, no podíamos estar realizando actividades culturales sin contactos con los otros. Fíjate… voy para otro lado, de las actividades culturales, allá en El Cementerio, donde vivíamos, en El Prado, nosotros teníamos un trabajo maravilloso: hacíamos los comités de base de la Juventud

Comunista, que eran una organización; por eso me cuesta mucho meterme en otro lado, donde las directivas sean por arriba y ordenen *haz esto y esto y esto*. Porque las potencialidades de la militancia y sus iniciativas se vuelven cero. *Mira que allá en la plaza tal cosa; Mira, Chela, el jueves vas a hablar de la coyuntura en tal lado.* No vale, eso no es.

AR: ¿A qué edad ingresaste a la Juventud Comunista?

CV: Como a los 13 años.

AR: ¿Y quién te lleva?

CV: Yo llegué a la Juventud Comunista no porque quería llegar a un partido. No porque un partido me lo propuso. Era algo esencial para mí. Porque ya me había dado cuenta de que sola no podía hacer nada. Que yo en el liceo Fermín Toro, cuando llegué ahí, era el cuarto año rojo, junto con un profesor que se murió, que murió en Mérida. Él era quien ayudaba a formar a los muchachos. Y nos poníamos en el patio a cuidar de que no viniera la policía.

Y yo me montaba en un carro. Ahí me ponían, me decían y yo me montaba, y así en todos lados. Y entonces me di cuenta de que yo

sola no podía realizar todo lo que quería. A pesar de que aglutinara gente. Necesitaba un partido o un grupo pequeño donde discutir los problemas para luego orientar a la gente sobre ese problema, porque yo sola no podía.

Entonces, la Juventud Comunista y Acción Democrática empezaron a verme y a buscarme. Yo, al principio, me negaba. Siempre me buscaban, me decían que se enamoraban.

AR: Eras bella.

CV: Se enamoraban de mi personalidad.

AR: Yo he visto unas fotos y eras una belleza.

CV: Las piernas era lo que decían que tenía que asegurar. Yo me sentaba adelante, y un día me senté atrás, y Gumersindo Rodríguez se vino para atrás, y me dijo: "¿Usted no sabe que sus piernas eran mi inspiración?".

AR: Eras linda. En el liderazgo de una joven, ¿te parece importante no confundir eso que te dicen (que eres bella, hermosa) nada más con una belleza estética?

CV: Yo no sabía nada que tuviera que ver con lo de la belleza. Mi hermano Ramón, cuando yo llegaba a un pueblo, me decía: "Tú crees

que eres bella; tú eres bien fea. Lo que pasa es que eres la nueva".

Yo nunca me ocupé de eso. Jamás me ocupé de eso. Ni de los cuentos de belleza ni de eso. Yo no sé nada de eso, ¿me entiendes?

AR: ¿Culminaste el bachillerato en el liceo Fermín Toro en Caracas?

CV: No. Ahí estaba Mauricio Rivas, ahí estaba el profesor; él se levantaba las camisas y se iba con nosotros a amontonar las piedras en el jardín y a tirarlas. Un día hicimos eso.

AR: Él era el profesor que los acompañaba. ¿Era comunista? ¿Era del partido también?

CV: Sí, cómo no. Él murió ahora. Era un investigador. Y estaba casado con una muchacha en Altagracia, que también era profesora, investigadora, Cecilia Vázquez... Y entonces, bueno, vino la policía, y nosotros ya teníamos preparado el terreno y empezábamos a lanzarles piedras. Entonces Urbina, que era el director, decía "¡Yo soy un hombre recto!", y se ponía una camisita. Salió a pelear con nosotros. Y mi hermano y Ramón Carmona se dieron vuelta con el viejo ese en el piso en el pasillo y la policía vino.

Una vez me invitaron a una conferencia en El Calvario y yo no había ido nunca para allá. Ahí fuimos a tener nosotros, corriendo, con la policía atrás, después de la pelea con el director. De ahí salí también del Fermín Toro.

AR: ¿Dónde terminaste el bachillerato?

CV: Bueno, fíjate: yo hice una pasantía en Altagracia. Mi papá estaba muy preocupado por mis actividades y estaban mis tías allá y yo me fui para allá.

Fernando Soto Rojas me dice que él siempre refiere que yo fundé la Juventud Comunista en ese liceo, porque llegué ahí, así nada más, y dije "Aquí en este pueblo se va a militar por la situación como está". Y comencé a agrupar a la gente y ahí salió gente muy buena. Luis Urrita, los Pérez, los Toro Alayón y muchos muchachos que se incorporaron a la Juventud Comunista. Comenzamos a hacer un trabajo político ahí, ellos se incorporaron y se creó.

AR: ¿Ya conocías a Soto Rojas?

CV: Claro. Nano —como le decíamos— había estudiado conmigo. Estudió conmigo tercer grado. Fue compañero de escuela; a él lo ponían a bailar en la escuela.

En Altagracia estuve un año y me tuve que venir, por la misma situación. Después aquí armaron un colegio que se llamaba liceo Independencia. Lo dirigía un tipo de apellido Marcano. Bueno, eso sí fue una maravilla. Ahí estaba el profesor Diógenes Ojeda, marxista; ahí estaba Gómez Grillo; estaba José Sanyola, el de Educación Artística; Manuel Arroyo... gente de una calidad bien especial, verdaderamente. El profesor Ojeda me mandaba a preparar los materiales y yo se los explicaba a los muchachos con pura concepción marxista en el salón.

Recuerdo que había un primo de Valencia que se ponía bravísimo. *¿Y por qué ella tiene que leer eso? Eso no es lo que nos toca; y, además, ¿por qué tiene que ser ella?* Se ponía bravísimo. Bueno, lo cierto es que ahí fue muy buena la experiencia. Gómez Grillo también estuvo allí. Esto influyo en la formación filosófica de Gómez Grillo.

AR: ¿Dónde quedaba ese liceo?

CV: Quedaba por ahí por Santa Rosalía. Ahí yo armé un tremendo mural que se llamaba Eutimio Rivas, con una frase de José Ingenieros que decía: "El que se acostumbra a arrastrarse como el gusano no tiene derecho

a protestar si lo aplastan". Leíamos mucho a José Ingenieros.

AR: ¿Tú pintabas?

CV: Yo pintaba, sacaba artículos; y todos colaborábamos en sacar algo. Era una fiesta.

AR: Hacer un mural era una fiesta...

CV: Era una fiesta. Todo el mundo contento, cada uno traía una idea y se le daba una calidad distinta cada vez y una presentación distinta al mural. Ahí había un muchacho que me ayudaba mucho, hijo de un tipo de la policía de…

AR: ¿Te ayudaba?

CV: Me ayudaba y además yo le gustaba, y los camaradas se ponían bravísimos. Pero él me ayudaba: yo le pedía ayuda y él me ayudaba. Pero no me acuerdo. La memoria me está fallando, pero después me acuerdo. Lo cierto es que para mí esa fue una experiencia muy bonita. Me decían que debía estudiar periodismo, porque a mí siempre me ha gustado esa actividad. Allá en el barrio Primero de Mayo, en los sin techos, donde nosotros trabajábamos con la Juventud Comunista, no faltaba el mural.

Fíjate, en los sin techos, ahí la experiencia fue muy buena, porque lo de nosotros era el barrio, porque nosotros íbamos a la fábrica Celfex que estaba ahí cerca de Van Dam y la experiencia era bien buena. A nosotros nos asignaban una fábrica y un barrio, y fíjate qué interesante este trabajo. Nosotros almorzábamos en la fábrica con los obreros. Recuerdo que uno se enamoró de una muchacha muy linda, pero no, nada de eso. Estaba prohibido.

AR: Ya abordamos el tema de tu recorrido por Caracas, y varios amigos y enamorados tuyos. Además, eras líder y te maximizaban en todas sus expresiones: la líder, la bella, la mujer, la que sabía pintar, hacer… Por eso quise el recorrido. Tú recorriste Caracas, dominaste el territorio, y me pareció maravilloso que siempre,



sin nombrarlo, aparece la importancia del territorio. El despliegue en el territorio. El no amarrarte y estar en movimiento. Me agrada escucharlo. Paseamos por diferentes partes de Caracas, en movimiento. Uno te escucha y se traslada a ese momento: la ebullición, los jóvenes, la importancia del liderazgo, de asumir el liderazgo en un momento determinado y lo que significaba.

CV: Bueno, como lo describe Diego Salazar en el libro, cuando yo me le acerqué: *¿Tú eres Chávez?* (el santo y seña), y él habla de la impresión que le dio la manera como yo lo abordé y que estaban enamorados de esa energía. Él lo describe ahí, y le decía cómo debía hacer las cosas y las tareas que debía cumplir.

AR: Y lo otro es el respeto; la gente tenía un respeto por el liderazgo.

CV: Claro. No era porque salíamos en la televisión; era porque estábamos vinculados con la gente… íbamos haciendo amigos y veíamos quién era el que podía hacer un cuadro político, íbamos al barrio y lo incorporábamos a la actividad. Con las juntas parroquiales comenzábamos a plantear los problemas económicos, y es lo que digo: tú no te puedes

quedar, tienes que elevarlo hacia lo político. Y esa era nuestra tarea, vincular toda la situación con lo político que estábamos viviendo. Y ahí planteábamos la represión, los precios, los torturados... Íbamos enterando a la gente de todos esos problemas. Y con ellos hicimos una actividad muy buena, en un espacio. Había gente que colaboraba, nos dieron un espacio, hubo una actividad deportiva, desfilaron gentes, reinas de la actividad; después hicimos una fiesta. Buscamos a Rodríguez Escobar para hacer la fiesta. Además, hacíamos afiches e íbamos de casa en casa a venderlos, e hicimos finanzas. Propagandas de cómo se habían muerto nuestros compañeros de la fábrica Van Dam, informando, reivindicando, ayudando a la familia. Hicimos finanzas, actividades culturales..., hicimos de todo. Yo pesaba 40 kilos porque no tenía tiempo ni de comer, pero hacíamos de todo.

En el festival de la juventud que hicimos con la unión de muchachas, a pesar de que no soy feminista, me encargaron de la responsabilidad de la unión de muchachas. Era algo muy lindo: nos reuníamos con nuestra cantante… Modesta Bor; ahí está la casa.

AR: ¿Dónde?

CV: Por El Cementerio, cerca de Los Castaños. Yo me encontré con la hermana y me dijo que allá quedaba la casa que el hermano le había vendido. Bueno, Modesta iba con nosotros al barrio a realizar actividades culturales. Y no solamente eso, sino también los vestidos; conseguíamos telas y hacíamos los vestidos. Ahí dormíamos y todo, trabajando con ella.

AR: Mira, Chela, toda esa efervescencia juvenil te permitió relacionarte con muchos jóvenes y muchas personas que hoy son íconos para los venezolanos y las venezolanas. Me comentabas, por ejemplo, de la relación con Modesta Bor, esa extraordinaria mujer. Me gustaría que brevemente me comentaras qué hacían ustedes en esa relación con esos artistas, que también estaban metidos en la política.

CV: La mayoría de ellos estaban metidos, y después también, en todas esas actividades.



Modesta Bor

Rocinante, El Techo de la Ballena, todo eso era tierra comprometida.

AR: Y se vinculaban también con ellos.

CV: Nos reuníamos allá, con Moreira. Nos reuníamos a discutir políticamente, sacábamos algunos libros y discutíamos ahí.

AR: ¿Ya en ese momento estabas en la universidad?

CV: Sí, ya estaba. En estos días le hicieron una entrevista a quien fue director del Teatro Universitario… Nicolás Curiel. Muy buena, ahí habla de eso y habla del liceo Fermín Toro y la importancia que tenía ahí.

AR: ¿Y cómo decidiste la carrera que querías estudiar en la universidad? Porque en el Partido Comunista no había mucha opción, ¿o ellos te decían que podías estudiar cualquier cosa?

CV: No. Eso era mentira. No determinaban qué íbamos a estudiar, eso es mentira. Fíjate: yo, como siempre, era una discutidora. La gente me decía que tenía que estudiar Derecho. Gómez Grillo me decía que no estudiara eso, que me iba a desencantar. Me metí; y en efecto estaba una feminista bien importante: Elena Fierro Herrera. La historia de esa mujer fue bien importante, Elena Fierro me quería

mucho y me metió a trabajar en el tribunal donde ella dirigía. Ahí estuve yo en estado de mi hija y ahí le compré su cuna y todo con ese dinero que ganaba.

Yo estaba ahí, pero después ella se fue. Había una cantidad de irregularidades y corruptelas de las que empecé a darme cuenta y me fui de ahí. Como me lo dijo Gómez Grillo. Y ya no me gustaba el Derecho. Era muy caletrera y a mí lo que me gustaba era José Guillermo Andueza con su Derecho Constitucional, donde había un poquito de filosofía y era lo único que me gustaba. Yo llegué hasta tercer año y me fui también con Américo. Ellos sí regresaron y se graduaron después, pero yo no quise, no me gustaba porque no había ninguna teoría.

AR: ¿Y te fuiste a estudiar qué?

CV: Después estudié Psicología. Yo tuve problemas; yo también me fui de Derecho porque la policía me estaba esperando. Me encontré a Vicente Arévalo, familia del viejito este que te nombré, que te dije era mi padrino y era muy amigo de mi papá, en la época de Pérez Jiménez. Cuando me estaban buscando, yo iba a la casa de ellos a buscar la ropa que mi mamá me mandaba.

Pero él se puso un día a llamar a mi papá y yo agarré toda esa ropa, salí corriendo y agarré un taxi. Cuando iba por la esquina venía la Seguridad Nacional. Nos tenían controlados los teléfonos, y no se daban cuenta de eso; él era muy amigo de Caldera, porque ellos eran copeyanos. Pero a pesar de ser copeyanos, eran, desde el punto de vista humano, muy amigos de mi familia. Mi papá decía que ellos eran más cristianos que él, pero en lo que íbamos a la práctica era lo mismo: la honestidad, el amor al otro. Me encontré con Caldera en el velorio de este compañero. Entonces entro y le digo:

—Profesor: Chela, el mejor título que me dan.

—Y nosotros estábamos preocupados por ti, porque la policía te estaba esperando en la puerta del salón.

Ese viejo tenía buena memoria. Se acordó.

Por eso me fui yo también de la Escuela, porque no podía seguir yendo ahí. Hasta que no viera la situación normal no me quise meter ahí, y me fui a estudiar Historia y encontré las cosas que me gustaba leer.

AR: Y llegaste a un espacio que te agrada mucho.

CV: Sí, pero a mí no me gusta esa historia del cuentito, la batalla, el héroe y eso. No me gusta esa historia, y cuando fui a Francia me dijeron que yo era más psicólogo y sociólogo que historiadora. Porque después yo hice una maestría en Geografía e Historia y ahí estaban Carlos Blanco y todos esos bichos, muy buenos, con Honorio Rosales, Pedro, con profesores que trajeron de fuera y eso me dio una base muy importante. Además de eso, como estábamos en la Juventud Comunista, nos daban clases de Filosofía. Hay muchos muchachos que me los consigo por ahí y se acuerdan de eso; eran muy importantes porque teníamos la orientación política y discutíamos de política.

Ellos se reían porque la casa de mi tía Yolanda quedaba cerquita de mi casa y de donde vivía la mamá de los Pérez Urrieta, quien era como otra tía, porque era como hermana de mi mamá. Nos reuníamos a hacer círculos de estudios, y era Luís Pérez quien dirigía los círculos. Nos mostraba el *Anti-Dühring*; nos decía: "Estudia esta página. ¿Cómo es posible que con este socialismo va a haber carreteras y además abogados? Y además prostitutas. ¿Como es posible que crean que en el socialismo va a haber…?". Nosotros estudiábamos bastante,

eso me ayudó a formarme y luego lo reforcé con la filosofía.

AR: Entonces podemos hablar también de un proceso de autoformación en toda tu historia, que aprovechó todo ese acumulado de tu vida y de tu historia para fortalecer esos conocimientos.

Nos gustaría que compartieras con nosotros, en este reto que nos pone Nicolás Maduro de construir la ciudad comunal, ¿qué crees tú que debería aportar la historia para que eso surja, para que se nutra, para que emerja?

CV: Te digo que a mí no me gusta la historia esa del cuentico. De eso no le queda nada a la gente. Yo creo que hay que levantar toda una historia conceptualizándola, conceptualizando esa historia, y después, con esa concepción, podemos recoger las opiniones de la gente. Nosotros vamos a llevar esos datos históricos; pero esos datos tienen que estar metidos dentro de una concepción de qué es lo que nosotros creemos que es *ciudad comunal*.

¿Cuáles son las condiciones en las cuales vamos a construir? Hay que conocerlas. Vamos a averiguar cuáles son las concepciones en que vamos a transformar. Porque no se puede transformar lo que no se conoce y pretender

así construir esa ciudad comunal. Una vez que estemos en conocimiento de esas condiciones, iremos allá, a la comunidad, a completar y a perfilar, a conceptualizarlas; entonces hay que vincularse.

Yo te digo: aquí hay mucha gente que habla del poder social, pero eso es de pura boca y ya. Porque si tú tienes confianza en el pueblo, y yo creo que a nosotros nos ayudaba la confianza en el pueblo, es interiorizar eso, lo que ese pueblo vale, de todo lo que hay allí y que, de acuerdo con eso, en ti no puede haber egoísmo. No puede haber interés individual, y cómo nos gusta esa frase de Pío Tamayo, que yo siempre asumí: "Algún día todos seremos dioses". ¿Qué significa? Que ese pueblo tiene que tomar conciencia y tomar en sus manos su quehacer. Para convertirse en dios.

Ese es el dios, el dios es el Estado comunal, el dios es la comuna que se transforma y no es posible que nosotros dejemos entrar todo el bagaje ideológico que viene de afuera. El jardín de la identidad, como decía un norteamericano, esa identidad se destruye, esa identidad se hace muerta y es como él dice. No, ahí hay semillitas que no se pueden destruir, no las pueden quemar, ahí lo que va

a haber no son muertos, sino un jardín que va a renacer de acuerdo con la identidad que hay en los espacios, y aunque ellos vengan a meternos su…, ahí hay un núcleo duro, como diría el compañero boliviano, eso lo hay allí; ese núcleo y esa semilla que va a convertir eso en un jardín, lo hay.

Lo que tenemos es que buscar la manera de estimular y regar ese jardín de identidad comunal. La identidad es la comuna; esa es la identidad. Entonces vamos a conocerlas y a ver sus potencialidades; vamos a ver cuáles son sus símbolos y sus manifestaciones, sus rituales. Vamos a verlos y vamos a recogerlos y vamos a regarlos, y a desarrollar un trabajo directo con ellos, acercándonos, sin llegar a darles una conferencia sobre la ley de la plusvalía. Vamos a hacer que esa identidad se convierta en un jardín. Eso se hará.

AR: Qué hermoso ese aporte para la ciudad comunal: ver la ciudad comunal como un jardín, un jardín que va a permitir que esa semilla de la identidad…

CV: De la identidad, y eso es lo que nos va a dar fuerza para poder enfrentar al imperio y su semilla que florece, esa identidad que entra con todo ese veneno permanentemente. Si no,

vamos a seguir tragándolo y asimilándolo.

AR: Claro. Me parece hermoso. Creo que nos quedan por allí pistas de esa ciudad comunal, donde todos tenemos que contribuir para que emerja.

CV: Yo no estoy de acuerdo con que me paren a mí en un barrio. No, no, no, no. Yo tengo que ir a vincularme con ellos. Sentarme en el chinchorro como en Punto Fijo, donde yo me sentaba y venían todas esas mujeres y de repente otro y otro y otro y de ahí comenzaba a surgir que si Alí Primera, y pensábamos en un desayuno del aniversario; es decir, ahí es cuando nosotros vamos a levantar esa identidad. Pero no llegando por arriba a hablar de la gravedad.

Una cosa bien importante es lo que te decía cuando citaba a Mata Moros y yo trabajé con ellos en Ciudad Bolívar. Buenísimas esas experiencias. Por ejemplo, hay un francés que dice lo del buen educador, que dice que los científicos tienen que enseñarle al pueblo la ciencia. No es necesario que sea la academia, sino el pueblo. Y en esa medida van desarrollando lo otro también, que no es lo técnico sino lo humano.

AR: Prevalece lo humano.

CV: El problema es que nos quedamos con lo técnico. ¿Cómo es posible que profesionales y arquitectos no sepan cómo llegarle a la gente…? Se requiere transformar la sociedad, desarrollar el socialismo; se tiene que hacer el trabajo; hay que formar a la gente y acercarla hacia la cuestión humana. Entonces Mata Moros iba a poner una viga de ahí a aquí, y ahí los tenía a todos explicándoles la física. Y todos, hombres y mujeres, ahí, explicándoles las cosas de la ciencia, vinculándolos con lo humano. Por eso es que a mí me gusta mucho Mata Moros; él sabe mucho, lo que pasa es que es muy tímido, él es así.

AR: No me quiero ir sin preguntarte algo. Quiero preguntarte algo de mi querido maestro Claudio Cedeño. ¿Tú conociste a Claudio?

CV: Claro. ¿Qué se hizo Claudio?

AR: Murió.

CV: ¡Murió! Chica, toda esa gente me trae tantos recuerdos...

AR: Él era un ser integral.

CV: Claro, esa gente era gente honesta, y además gente sin egoísmo y con una entrega total.

AR: Sí, y además con una visión integral de la política y eso que tú señalabas: tú tuviste que aprender a hacer murales y a hacer periódicos; aprender a ser comunicadora, psicóloga, trabajadora social, socióloga, filósofa; tuviste que hacer de todo para poder hacer política. Y muchas veces se menosprecia el hacer política. La gente cree que es solo aprender unos eslóganes, unos clichés y ya.

CV: Una de las cosas que yo critico también es la independencia de los partidos políticos. A nosotros (la Juventud Comunista), el partido no nos decía hagan esto o aquello. Ellos sacaban su línea política y nosotros tardábamos dos semanas para reunirnos. Era gente buena, hermosa… Freddy Muñoz, brillante él, estaba en la dirección, yo estaba en la dirección. La única mujer que estaba en la dirección era yo.

En la dirección de la Juventud Comunista y en el secretariado estaban Maneiro, Muñoz; estaba el que me quiere mucho que está en La Habana… Araque. En estos días me comunicó por Facebook que venía y me quería ver. Bueno, entonces nos reuníamos a discutir esa línea política que el partido trazó, que fue muy buena: la salida es unidad y vincularse a las masas de forma organizativa. Esa fue la

línea que tumbó a Pérez Jiménez. ¿Qué había que hacer? Unidad, unidad en la Juventud.

Armamos el frente universitario, armamos organizaciones unitarias en los barrios con los muchachos, y con amplitud, incorporamos a toda esa porquería que no quería nada en el frente universitario, del Copei, el otro y el otro y ya. Amplitud, nada de sectarismo. Y en los barrios también. El periódico del barrio era un periódico muy amplio. Por ejemplo, nos reuníamos con los muchachos y decían: *Queremos una piscina*; y nosotros: *¡Piscina para los muchachos del barrio!* Eso reflejaba lo que los muchachos necesitaban. Era una cosa muy amplia. Esa política del partido fue muy importante, pues nos permitió ganar un poco de gente.

Eso nos permitió ganar las elecciones aquí en Caracas; después se puso en el Cantaclaro a denunciar y abandonaron ese trabajo político con la base. Ese es el único trabajo político serio con la base que se ha hecho. Luís Roberto Rangel dice que aquí el que tumbó a Pérez Jiménez fue el Partido Comunista, porque mientras los adecos comenzaron a hacer su cuestión golpista, el Partido Comunista organizó a su gente y a un puñado de muchachos de la Juventud Comunista con

una disciplina en cada lugar. Y no era Caracas nada más; era Barquisimeto y otras ciudades. lo otro, Las Requenas, yo tengo una carta de un Camarada; Yo, a mí, el partido me mandó para China, me mandó para esto y me dijeron te vamos a recibir aquí, pero no te vamos a recibir con flores como te recibieron en China.

El trabajo femenino que había era bien importante en todos los sitios. Debo decir que había una organización femenina. En estos días me encontré una muchacha que me dijo: "¿Te acuerdas? Tú estudiaste en la Gran Colombia y llegaste allá a organizarnos con…". En la Gran Colombia, ella fue una de las muchachas que organizaba.

AR: Ustedes recorrían toda Caracas.

CV: Toda Caracas.

AR: ¿Y mapeaban? ¿Mapeaban Caracas? ¿Ustedes tenían alguna imagen visual de por dónde se iban a meter, en qué parroquias?

CV: Claro, nosotros veíamos; porque si no, figúrate tú. Caminando y a pie... porque no teníamos con qué pagar el transporte. Era una época difícil.

AR: Ni tenían celulares, era una logística…

CV: Nada de eso. Siempre me acuerdo porque Plutarco Pérez Julieth era mi amigo, un ser humano muy especial, y andábamos con él por ahí brincando con aquellas tazas tiesas y con hambre. No agarrábamos ni un centavo de lo que hacíamos en finanzas.

AR: La honestidad.

CV: Sí; yo le decía: "Plutarco, yo tengo un bolívar aquí". Y nos sentábamos a comer un espagueti y un refresco entre los dos. Pasábamos el hambre, y caminando, a pie, porque no teníamos para el transporte.

Bueno, lo que te iba a decir es que, cuando yo me casé con Núñez Tenorio, estábamos de luna de miel en Mamo, y me llamaron: "Te tienes que ir a Praga, vente que tenemos todo", y me mandaron a una reunión de la Juventud en Praga. Ahí hasta peleé porque me mandaron a hacer una cosa para un periódico y no les gustó; estaba muy fuerte y yo pensé: "Bueno, qué es esto; no lo voy a corregir, no me saquen nada". Y en socialismo.

AR: De esa unión tan maravillosa tuya con Núñez Tenorio, dime, en una frasecita muy simple, cómo podrías describirla.

CV: Bueno, era una unión donde había bastante independencia; yo siempre fui muy

independiente. Entonces, él andaba con su filosofía y yo andaba en otras cosas también; no contrapuestas. Pero no había ninguna especificidad. No había nunca ningún interés; eso lo dice un verso que me hizo mi sobrina Libia: que a mí me gusta el jazz, esto, lo otro, y a él lo de él.

AR: Se complementan.

CV: Sí, él con Vivaldi, y sus cosas; y a mí me gustaba el jazz.

Alejandrina: Muy rebelde tú.

CV: Sí, yo siempre fui rebelde. Preguntaban dónde está Chela Vargas y él decía: "Yo no sé qué está haciendo, pero debe estar lanzando piedras por ahí en el techo de la casa…".

Sí, yo era muy rebelde, demasiado protestante. No debiera ser así, pero yo no aprendo; no aprendo, chica. Farruco me nombró para llegar a las comunidades; yo hice una reunión con las comunidades donde había experiencias muy hermosas. Yo vengo a plantearlas y me decían, todo chapado a la antigua: "Hay que poner una cosa para que la gente se entretenga". Yo respondí que no, porque a muchos lo que les gusta es la cultura del espectáculo, y yo no estoy de acuerdo con la cultura del espectáculo.

Vamos a hacer otra cosa: vamos a hacer que esas experiencias, que son tan hermosas, trasciendan. No —dijeron—. Por todos lados salió que no… *No lo sé, pero ese es tu criterio y yo tengo el mío.* Tú sabes lo que es que nosotros trabajamos en la Ley de Cultura… Ahí estaba Edmundo Aray, estaban los poetas, estaba todo el mundo. Comenzábamos desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde y un día: *No hay espacios para ustedes*.

AR: ¿Qué edad tienes?

CV: 84 años.

AR: ¿Y qué día naciste?

CV: El 13 de marzo de 1933. Primero decía que era 1934 y después salió que era 1933. Siempre me ponían 1934; después buscaron una partida de nacimiento y…

AR: ¿Quién te puso ese nombre de Chela? ¿Quién te bautizó como Chela?

CV: Bueno, mira, yo me llamo Mercedes, pero mi hermana, que ya murió, estaba chiquitica y me decía Chere; y de ahí pues toda mi familia, y todos y compañía, me dicen Chera, y en la Juventud Comunista me pusieron Chela.

AR: Imagínate.

CV: No era mi seudónimo; mi seudónimo era Mariana, Luz..., tenía varios seudónimos. Pero Chela también me lo pusieron.

AR: Bueno, a nosotros nos encanta Chela.

Agradecidísima por tu tiempo.

SERIE SERES IMPRESCINDIBLES

Esta serie constituye una ventana, un espacio para el diálogo con los referentes nuestroamericanos, venezolanos, que han contribuido y continuan contribuyendo con esa epistemología del Sur, que no es nueva, es indómita, inédita, comprometida, contrahegemónica e insurgente; que posee como contexto la humanidad, la visión ecológica planetaria y que además, posee una visión de la Ciudad Comunal, de lo comunal como epicentro para las transformaciones de ese sujeto que, insiste en vivir viviendo y no, continuar sobreviviendo.

En este 2023, en la víspera de la celebración del 50º aniversario de la creación de nuestra universidad Simón Rodríguez; en nombre de las autoridades y de toda la Comunidad ueserrista, continuamos el diálogo permanente con los referentes, los imprescindibles para la epistemología de esta tierra indómita y para el fortalecimiento de la identidad de nuestro pueblo.

ISBN: 978-980-8022-01-8

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Educación Universitaria | Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez